

MEMORIA DEL VIENTO

781



6/98

Yucatán

MEMORIA DEL VIENTO

Manuel Calero

Manuel Calero

Manuel Calero

MEMORIA DEL VIENTO

Manuel Calero

MEMORIA DEL VIENTO

Manuel Calero

Gobierno del Estado de Yucatán
Instituto de Cultura de Yucatán
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias

1999

Clasif. _____
Adq. _____
Fecha _____
Proced. _____

La edición de esta obra fue financiada gracias al Programa de Apoyo a las Culturas Populares y Comunitarias (PACMYC)
Dirección de Culturas Populares
Calle 44 #452 x 73 y 73 A
Mérida, Yucatán

Coordinación editorial: Eugenia Montalván Colón
Ilustración de portada: Teresa Loret de Mola
Fotografía: Gabriela Calero Cervera

Primera edición: enero de 1999
Tiraje: 500 ejemplares

ISBN 970-92045-1-5

IMPRESO EN MEXICO



**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**
del Consejo de Culturas Populares

CALERO NUNCA ES EL OTRO

Luis A. Ramírez Carrillo

El cuento es un género que escapa siempre a una buena definición. Cuando pienso en un buen cuento siempre se me aparece la frase *un artista del hambre*. Y es que el buen texto es como ese cuento de Kafka. Un proceso constante de desprendimiento, de reducción, de adelgazar la carga de las palabras y reducirlas a su mínima expresión, a su carga semántica más elemental, a la expresión básica. El buen texto, es el que no nos permite detenernos en él, sino que nos obliga a llegar hasta el final, es el que se entrega para que la historia se haga realidad en el lector.

Como lector uno avanza por el texto de Calero conforme al ritmo y por los caminos que ha decidido el cuentista. Hay un esfuerzo necesario y medido en la lectura, y el éxito de estos cuentos es que el esfuerzo nunca es ni más ni menos que el necesario, el que requiere la anécdota.

Su extensión no es breve ni larga, es precisa. Da el ritmo y el tiempo que la historia necesita. En el fondo estos cuentos son imágenes, son recuerdos, son resultado de miradas, perfumes, emociones singulares a las que Calero busca dar una explicación.

Estos cuentos están movidos sobre todo por el miedo. Miedo a perder la infancia, el pasado, los amigos. Son también el resultado de una búsqueda. La respuesta que nos da Calero sobre el sentido mismo de su vida.

Sin estos cuentos el autor no existiría, pero tampoco el hombre. En la literatura, en la búsqueda de la palabra más que en su hallazgo el autor se construye a sí mismo, como hombre. Se dota como si fuera un pequeño Dios, de un sentido, de otra existencia, diferente y mejor que la conocida antes



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

de que existiera el texto. Buscando un pasado que probablemente nunca existió, Calero produce personajes, ambientes y diálogos con los que va creando la pequeña zaga de un mundo íntimo. Un mundo mejor, más vivo, más maduro y más real que la vida externa a las palabras.

En estos cuentos Calero descubre el verdadero poder literario de la nostalgia que es el poder de la recreación, el poder de la explicación, el poder de alimentar las palabras y crear un ambiente en el que la vida del autor y de nosotros, sus lectores, quisiéramos vivir al menos por unos segundos. Escribir un buen texto es una hazaña. Hace mejor al autor y al lector. Y cuando los textos son cuentos como los de este libro uno los cierra con sensación de que Calero ha identificado las vetas amargas e irónicas de nuestro pasado y presente.

Hay una complicidad con el autor. El lector siente que "ya ha estado allí", en el lugar donde sus cuentos nos llevan. Que uno ha tenido también esos pensamientos perversos y esas debilidades que acosan a sus personajes, que Calero ha identificado parte de nuestra infancia, de nuestro pasado y que comprende la manera en que vemos y -a veces- nos sonreímos de nuestros conocidos y de la gente a la que sólo vemos pasar.

No hay gente buena, ni mala, decía Wilde, sólo gente aburrida o divertida. Los cuentos son como la gente, en el sentido de que no hay cuentos malos ni buenos, pues la literatura, -y en especial el cuento por la tensión que implica el relato para existir como texto literario- tiene que ser buena. El texto malo son sólo palabras malogradas, no es literatura. Pero lo que sí es cierto es que además los cuentos siguen pareciéndose a la gente, en el sentido de que aun logrados pueden ser aburridos o divertidos.

Hay que proclamar que uno sólo debe leer textos divertidos, textos como los que nos ofrece Calero

en estas páginas. No encontramos en ellos una literatura regional ni de autor. Se trata con sencillez de una buena, divertida y evocadora escritura.

Como aprendiz de lector que sigo siendo, siempre pensé que lo más difícil del cuento es el final. En él queda condensada la imagen que se quiere dar, la anécdota y sobre todo la ironía que debe acompañar un buen relato. Los finales de Calero son secos, tajantes, como portazos en la cara. Le dan el tono y el ritmo a la historia.

Pero si uno lo piensa mejor, lo más difícil del cuento no es el final sino el principio. Un cuento se define en sus primeras líneas. Algunos -caso extremo- en su primera frase. Esa primera frase que condensa el ambiente, el ritmo y el humor que tendrá el relato. Es el principal reto para un cuentista.

Calero asume el reto y en estos cuentos nos ofrece varias aperturas al texto que son logrados y divertidos ejercicios de estilo. Estos cuentos, en fin, no son tanto un reto para el lector, sino un acto de generosidad, una invitación a divertirse con humor y tristeza desinhibida. Las palabras de estos cuentos nos evocan la sensación de estar escuchando a un grupo de amigos con tragos en la mano. Sugerimos que así se lean.



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

PRIMERA PARTE
REVELACIONES DEL MAR

Así eran las temporadas	15
Domingo de agosto	21
Estampa de playa	23
El mago de la calle	25
Reminiscencia	31
El jardín de los lirios	33

SEGUNDA PARTE
ENTORNOS DEL POLVO

La que vivía para espantar el sueño	39
La excursión de Gavilanes	41
Una tarde en la feria	51
Don Pedro Verde	53
Destello de pubertad	57
Alrededor de la justicia	61
Tren de cuerda	69
El abismo del llano	75
El simple acto de recordar	81

TERCERA PARTE
EL TRANSITO A LA SOMBRA

Cuando mean las culpas	
	89
El epiléptico del tamarindo	
	93
La espera	
	97

CUARTA PARTE
TRAMPAS DEL ENSUEÑO

Método práctico para escribir cuentos	
	107
Un usuario feliz	
	113
Cavilación nocturna	
	119
En cosas que guarda la entraña	
	123
Un final como cualquiera	
	129

REVELACIONES DEL MAR

ASÍ ERAN LAS TEMPORADAS

Se trataba de acostarse a dormir lo más temprano posible para aligerar el tiempo. No mirar de modo fijo las vigas del techo, cerrar con fuerza los ojos o amarrarse la sábana alrededor de la cabeza evitando la luz, eran las maneras de conseguirlo desde muy temprana la noche.

¿Cuánto duraba la oscuridad? A partir de las seis de la tarde, once horas. Las contábamos con los dedos de las manos. Eran las once horas que habríamos de dormir para acortar la salida a vacaciones de verano.

El Ford del treinta y tantos, con toldo de lona, aguardaba en el zaguán para llenarlo de equipaje: mochilas de hamacas, cajas de cartón, cubos, bateas, perros y hasta gente cargaba el Ford.

El viaje de Izamal a Progreso, de casi cinco horas, era una especie de odisea. Varias vueltas de manivela ponían en marcha el motor del auto y empezaba la emoción de la temporada con el adiós a los vecinos del rumbo; seguía después con las lluvias del camino, pues debíamos improvisar las cubiertas de ventanas con cartones y periódicos. Y eran los peludos brazos de mi padre los que limpiaban del humo del motor y de gotas el parabrisas.

Nuestro fotingo —una cafetera hirviendo— rodaba tartamudo y solitario por entre milpas y henequenales, hasta sentir el olor de la ciénaga y divisar el Faro de Progreso.

La alegría estallaba en el puente de la entrada a la ría, donde niños y ancianos, los pantalones cortos o arrollados, se divertían pescando mojarritas y bolines.

El puerto estaba a nuestra vista, abierto de palmeras y nubes blancas. Era el Progreso de las

ciénagas y cipreses, de las excursiones al Muelle Nuevo, de las visitas a los buques *Flecha* y *Bertha Browing*.

Siempre que subíamos al puente, el vago recuerdo de los tíos abordando por la escalera del muelle el buque “Emancipación”, me ubicaba en el pasado, cuando apenas empezaba a contar con la conciencia de las cosas. Ahora, después de poco más de cuarenta años, puedo imaginar el “Emancipación” y sus altas chimeneas, su bar de ladrillos blancos y negros, la barra repleta de vinos de finísimas marcas. Eran para mí un castillo, una fábrica de grúas y herrajes, que pitaba más fuerte que un tren. Cuando se apartaba del muelle, nos iba dejando enormes remolinos de espuma.

Me acuerdo que en la escarpa del edificio de la aduana, erguido en el atardecer del muelle como una torre con ventanas –nos despedíamos de los parientes. Irían de paseo lunamielero, tal vez a Veracruz y de allí a México, tan distante y desconocido para un chavo de Izamal, como cualquier país de Oriente.

Progreso era grato recuerdo, aventura, contacto estrecho con las cosas más queridas del sueño.

Por ello la nana debía servir la cena de pan dulce y chocolate más temprano que de costumbre; también por eso debía colgar nuestras hamacas en el cuarto de ladrillos verdes y blancos desde las cinco y media de la tarde. Y había que preparar el vaso de plátano con leche espesa, para antes de dormir. Porque sólo así, durmiéndonos desde muy temprano se llegaba a la fantasía vacacional: al respiro de la brisa progresaña.

Nuestra familia se agrandaba en Progreso con la llegada de los primos y primas de Mérida y se hacía más “correcta y refinada” si adoptábamos las costumbres y modos de los meridianos.

Cabían todos en la casa de madera y paja del rumbo de Xculubcyá, donde jugábamos al circo, al teatro y a la lotería de conchas, botones y corcholatas. Fundada por los abuelos, la casa de Xculubcyá, con su olor de lirios y conchuela, era el punto de reunión con los amigos nuevos. Y habían cantos en la playa, juegos que excitaban los sentidos... “Sirenita de la mar/ de la mar/ por aquí pueden pasar/ el de adelante corre mucho y la de atrás se quedará... Tras, tras, tras”. Iba pasando la cola por debajo del arco que formaban los brazos de Irene y los míos, y la última en pasar, Elisa, quedaba atrapada entre nosotros. Elisa la pecosita, la de los labios encendidos a quien empezaban a salirle tetas, se apretaba contra mí, abrazándome la cintura y reía a mis oídos enchinándome la piel.

Por eso no era fácil conciliar temprano el sueño en Izamal. Me esperaban en Progreso la casa de Xculubcyá, la aventura de las playas de Chelem, siempre repletas de caracoles y estrellas marinas.

Era también el Progreso de los helados, de los dulces y champolas de Milán, de los cigarros “menudeados” en el kiosco junto a los billares. El puerto de los cines con Presleys y James Deans, de los refrescos de lima en El Popo.

Elvis y Deans (*Prisioneros del Rock y Rebelde sin causa*) vagaban con nosotros por la escarpa del malecón, admirando el bronceado de las piernas meridanas en sus faldas cortas.

Yo, estando en Izamal, pensaba en eso: la temporada. Y no era fácil dormir, porque el sonido del reloj de péndulo en la oscura sala me llenaba de horribles pensamientos. Viendo quietas las hamacas de los demás, se olvidaban el malecón y las playas y surgían los recuerdos de mis abuelos muertos. El rostro de Mamá Grande en el ataúd, rodeado de flores y luz de velas, sollozos y rezos graves. Era yo, de cuatro a cinco años de edad, el que, inclinado

sobre el féretro, la besaba en la frente; alguien mayor me sostenía en sus brazos y me acuerdo haber sentido que dijera: “Bésala por última vez, porque no volverás a verla”. A la abuela la habían velado en el cuarto de ladrillos verdes y blancos donde dormía la familia entera. Un tiempo después, en el de atrás, agonizó por muchos meses el abuelo. La ausencia de Mamá Grande le fue apagando el espíritu y se tendió en el lecho, en una especie de desván, para que no lo viéramos sus nietos. Lo recuerdo largo, enflaquecido, los brazos por delante, asentados en los bordes del camastro; sus grandes manos, con las palmas hacia arriba, eran la imagen del desacierto. Sobrevino su muerte, entre botellas de suero. Era el tiempo de vacaciones y eso me salvó de mirar también su rostro. Ocurrió en la tarde de Xculubcyá, con el mar sereno. Un llamado de Izamal daría al traste con la pesca programada para el día siguiente.

Mi padre volvió de la tienda “La Sirenita” con la noticia. La voz quebrada, nos dijo: “Vayan a jugar, recojan conchas en la orilla, conozcan los barcos de aquí del Astillero. Vaya usted con ellos, doña Anselma, que papá ya descansó”.

Esa misma noche, faltando en casa papá y mamá, siguieron los juegos... “Sirenita de la mar,/ de la mar...” Iluminada con luces de faro y luna, la playa era el escondite de nuestros grandes secretos: “Pide ir con el Sol. Te pones la última en la cola, y cuando llegues al arco de mis brazos, lo gritas: que me den el Sol”.

Venía el fin de temporada, el adiós a Xculubcyá y la vuelta al pueblo. En el patio enhierbado de la casa de Izamal, el recuerdo, la nostalgia de los juegos con Elisa.

Años después moriría también la nana Anselma.

El cuarto de ladrillos verdes y blancos, la casa entera de Izamal, vacía

Sin embargo, el fotingo siguió viajando por algún tiempo, cada vez más lleno de cosas.

Surgiría el privilegio, el alquiler de casa grande por el rumbo del malecón: dos pisos de mampostería y concreto, corredor de tejas, pilares de piedra. Los cuartos llenos de primas y primos, de amigas invitadas de las primas de Mérida.

Y continuamos transportando en el fordcito nuestras cosas de Izamal, porque a menudo salíamos de Izamal, pero Izamal no nos dejaba. No saldría de nosotros, aunque al acostarme para aligerar los tiempos yo siguiera pensando en la oscuridad y en los que ya no irían con nosotros a Progreso.

DOMINGO DE AGOSTO

Conseguir el boleto de entrada, alcanzar el baño dentro del cine Uxmal, era más importante que la película de Presley. Ante la apatía del taquillero – que hacía de todo, menos su oficio de vender- yo, por desgracia el último en la cola, pensé: “¿Correr hacia la playa?”. Era domingo, el malecón repleto de paseantes y el muelle atestado de bañistas”. ¿La terminal de autobuses? ¡Imposible! Bacines sucios, apestosos.

En el bochorno de agosto vestía mis mejores galas: pantalón vaquero, camisa a cuadros, calcetas y tenis blancos. El sudor brotaba de mi copete a lo James Dean cuando opté por abandonar la matiné y buscar el refugio a mis retortijones en la ciénaga.

Mientras caminaba deprisa por las calles de arena sonaban en mi mente las palabras del tío Roque: “¡Qué ojo de agua dulce ni qué diablos! El Corchito es el puro lodazal. Te alquilan barcos sin fondo y debes continuar a pie, pisando caldo de grillos, gajos de mangle, mierda de cigarras y de cuanto bicho hay. Abundan los tábanos y los mosquitos, Fausto. Es el corazón mismo del pantano. ¡Ni se te ocurra beber el agua de ahí!”.

También podía ser la cena, los salbutes de la noche anterior. Dios sabía.

Eché a correr. La miseria me acechaba entre rendijas. Ladraban los perros y la fila de chozas parecía interminable. Pero al fin del camino arenoso, divisé el riel del tren, la paz de la ciénaga. Detrás del montículo de piedras en la vía no habría miradas. Nada que pudiera entorpecer el alivio de mis cólicos.

Me solté la hebilla de latón y tiré con fuerza de la faja de cuero. Volaron las pretinas de la mezclilla. Luego de aventar mi vaquero sobre el

montón de piedras, me agaché; los ruidos de panza no se hicieron esperar.

Me preguntaba si había sido el agua de El Corchito o algún potaje que comí en “El Cordobés”, cuando otros ruidos, intensos por demás, surgieron de un tren que pasaba pitando... Un larguísimo tren, lleno de meridianos que salían de Progreso; de meridianos que asomaban por las ventanas, viéndome cagar; riendo mientras yo cagaba en aparente calma y sin pausa junto a los rieles.

ESTAMPA DE PLAYA

Era un animal de mar. Lo recuerdo de piel blanca ligeramente curtida por el sol. Los surcos romboidales que le llenaban el cuello sugerían la existencia de un caparazón en la espalda del viejo alquilador de botes. La garganta siempre recubierta de conchuela y arena era poco afecta a pronunciar palabras. Sólo hablaba del tiempo. Si habían nubes mañaneras o rizos en el mar sus “carabelas” no saldrían de la playa.

¿Cuánto cobraba don Juanito por el alquiler de un barco? No creo que alguien lo recuerde. Sólo sé que las tres chalanas eran todo su patrimonio. Siempre limpias, como recién pintadas, La Niña, La Pinta y La Santamaría del rumbo de Xculubcyá confundían su blancura con las conchas. Así las mantenía don Juanito: pulcra, cuidadosamente estopadas. Cautó como ninguno, el viejo marino las proveía de todo: potala, sogas, achique y remos; anzuelos y plomadas de repuesto.

Rentarle una chalana a don Juanito exigía paciencia. Jamás permitió que ningún temporadista pasara por alto sus rancias recomendaciones. A nadie le era dado rebasar la altura de la caseta aduanal, la que marcaba el fin del Muelle Nuevo. Eran imprescindibles el sombrero, la cachucha de pescador, el botellón de agua... No fuera a ser que “el gigante” se despertara malhumorado.

Si el tiempo le aconsejaba que sus barcas salieran de pesca, él, bajo la sombra de los cipreses en la esquina, a distancia las observaba.

Nunca lo vi sin el sombrero en la cabeza, sin los ojos fijos escudriñando el horizonte. Y daba de todo el alquilador, menos su presencia en el cayuco. Anciano como el sol que a diario daba luz a sus pupilas, el hombre no alquilaba sus barcos al que no

supiera lo que terminara en “ar”... “¿Saben remar, nadar, achicar? Y hacía que el cliente demostrara su destreza.

No supe cómo ni cuándo murió. Pero al viejo de mi infancia le debo muchas cosas del recuerdo.

Lobo taciturno, misterio del ayer, eterno habitante del barrio. Las playas de Xculubcyá, las de Lolina y Jorge en sus esquís de tabla, añoran su presencia.

EL MAGO DE LA CALLE

-Esta ciudad es como un nido de hormigas, Canché-, le dijo el teniente Mendizábal a un camionero que, tras de haberse impresionado con la torre Latino iluminada, comenzaba a mostrarse somnoliento. En tanto, el viejo militar le indicaba al chofer que nuestra capital estaba rodeada de montañas por todas partes y, “si viste que venimos culebreando, pues así, culebreando, debemos salir de aquí dentro de una hora; coge tu almohadita, Canché, y duerme un rato en el pasillo”.

Los de atletismo y pesas dormitaban en las bancas ocupándolas por entero. Nosotros, la delegación de fut, tomamos el acuerdo de bajar del autobús para estirar las piernas.

El viaje había sido fatigoso, de más de treinta horas y en camión de pueblo, con chofer de Tixkokob —que hasta entonces no conocía las montañas y, por la niebla del camino, orilló barrancas sin darse cuenta. Nos esperaba aún el largo recorrido hasta Monterrey, viajando en bancada de respaldo bajo, sentados sobre cojines que dejaban asomar alambres oxidados; por eso decidimos descansar en México. Y caminando en banda por San Juan de Letrán, tuvimos la sorpresa de toparnos con “El Bebo”.

-Míralo bien- me dijo Raymundo-. ¡Pensar que por este pendejo se alejaron de nosotros Enriqueta y Samantha! ¿Te acuerdas de Enriqueta y Samantha...?

En la escarpa del hotel Avenida, con un saco raído, sucio de polvo, estaba “El Bebo Cantoral”, casi irreconocible de viejo y gordo; entre el humo de los sopes y la melancolía de los organillos vendían pomadas y ungüentos para la tos en una mesita plegable. Lo reconocí por su forma de

mirar, arqueando la ceja, y por la extraña costumbre de mover nerviosa y compulsivamente la cabeza, como si asintiera a cosas que nadie le dijera.

Raymundo y yo nos abrimos paso entre la muchedumbre que lo rodeaba y quedamos frente a él, observando que sacara suertes con barajas...

Era lógico pensar que el hombre no podía reconocernos sin nuestras caras con barritos y acné y sin aquellas voces con sonido de trompeta en los años 50, ni era el malecón de Progreso en donde paseábamos nuestra timidez. Tampoco teníamos enfrente a alguien que pudiera volarnos a las amigas. No. Ante nosotros —deportistas del Servicio Militar, que en vez de enlistarnos y marchar, jugábamos fútbol y nos habíamos ganado el privilegio de representar a Yucatán en los pre-nacionales de Monterrey—, estaba un miserable merolico, a quien nadie le compraba nada.

-Hay ungüentos, pomadas pa'l resfrío — anunciaba el mago del hotel, apoyando la espalda en las heladas baldosas de las paredes que resquebrajó el temblor. El edificio se había convertido en un antro de limpiabotas y venteros ambulantes, rescoldo de la pobreza que dejó el terremoto que hiciera caer al Angel y su independencia.

-Hay ungüentos, pomadas pa'l resfrío... —La triste realidad de "El Bebo Cantoral" de ahora, que contemplábamos Raymundo y yo, en la noche luminosa.

Los ojos del vendedor, negros y brillantes, se paseaban buscando con afán a su machete. En contraste con su apariencia —que parecía hundida en los abismos del antiguo lago de Texcoco—, la mirada de Cantoral conservaba el vigor de sus años mozos; mirada audaz, envolvente, que

apresaba la atención de todo aquel que se atreviera a afrontarla. Y ahí, mirándolo a los ojos, volvieron los recuerdos de los tiempos idos: la tarde crepuscular, la brisa, el temor de que Enriqueta (a la que nunca me atreví a hablarle) se mostrara dispuesta a ofrecer su honra de niña virgen con tal de que “El Bebo” la invitara a pasear en moto.

Moto policromada era la *Harley* de “El Bebo”, repleta de espejitos donde él pudiera admirar su imagen: los tatuajes de sus fornidos bíceps, el chaleco de cuero, sus negras botas del Moto Club y el medallón del pecho: medallón de plata pura, que ahora colgaba de un pectoral flojo, grasiento.

Y pensar que a Queta y Samantha (entonces novia de Raymundo) muy poco les importaba que “El Bebo” fuera mayor y que su fama de vago lo llevara consigo por todas partes. A las dos les importaba, eso sí, su temible audacia de motociclista: “Haz la bandera, Cantoral”, decía Enriqueta. Samantha, por no quedar ignorada: “Mejor el Cristo o la pirámide con dos o tres de tus amigos; no seas malito Cantoral”.

El amigo Raymundo, como era de esperarse, se encendía de rabia, de envidia contenida.

Era natural que “El Bebo” se sintiera el rey del malecón, el sultán de las noches de agosto. Ganador de todos los concursos de Mister Playa, había sido el cabecilla y protagonista principal de los choques entre meridianos y progreseños en los eufóricos años del rock, rodeándose de tanta babosa, como Samantha y Enriqueta, y luego Norma, Xiomara y Gladys, a las que fuimos perdiendo sucesivamente, hasta que “El Bebo” –al que culpaban de más de dos abortos provocados– comenzó a declinar y desapareció para siempre de nuestras playas, sin dejarnos nada que no fuera la fama de putañeros que nos habíamos ganado desde temprana edad. Porque la presencia de

Cantoral era imprescindible en las enternecidas aguas de nuestro ayer; no bastaban los copetes ni el apremio sexual casi esquizoide de los chavos que estábamos por cumplir los doce de edad. Era necesario “El Bebo”, sus pantalones *Britannia* o *Venado* y la *Harley* policroma frente a la escarpa; sus cancioncillas al estilo Muñoz:

“Yo esperaré/ a que estés bien madura/ como una pera que en junio cae/ porque só/ olasó/ la vas a caer...”.

Nuestras chicas lo miraban boquiabiertas y él se hacía el desentendido, coqueteaba con las otras.

Así de presumido era “El Bebo”:

-Hoy no puedo salir con ustedes, chulas. Tengo cosas que hacer- les decía a Queta y a Samantha, sin importarle que Raymundo y yo estuviéramos acompañándolas. Luego, cuando pasaba junto a nosotros en la feria: -Chavillos, en esta vida sólo existen dos clases de mujeres: las que adoran el camote y las muertas.

También solía decir que toda hembra deseaba merecer, pero que él rechazaba a las que pasaban de los treinta kilos o tenían más de veinte años.

Viéndolo mover las cartas -“¿Le saco la suerte, joven?- Raymundo y yo nos sentimos complacidos con lo que había quedado del añejo atleta de las temporadas. “Esperaré a que estés bien jodido”, pude haberle cantado en el momento al vendedor de la calle, pero me abstuve por lástima. Quizá en Raymundo -que había perdido a la novia- quedaba alguna lucecita de rencor, y por eso seguía preguntándose de dónde diablos había surgido “El Bebo Cantoral” que vagaba en moto, mandándole besos por el aire a Samantha...

“¿Y ése? ¿Qué pata lo parió?” Era injusto que nosotros los fresas, los niños bien, nos moviéramos a pie o en bicicleta, mientras él se daba el lujo de la *Harley*. Cabía la posibilidad de

que Raymundo no midiera lo desigual que se antojaba la lucha contra el vendedor de ungüentos, porque estaba pálido de ira.

Podía sentir el odio que irradiaba detrás de mí. Le dije que olvidara.

-Somos gente sana, Raymundo. Casi bachilleres. Tenemos porvenir asegurado y estamos de paseo. Perdónalo ya.

Pensé que lo había convencido, porque se echó a reír:

-No te preocupes, Ariel. No voy a aventarle los tenis a un vejete chimuelo: no chingueis.

Creí que lo había convencido de que la lucha se antojaba tan desigual como la de tiempo atrás. Me equivoqué. Estábamos por darnos la vuelta para regresar al autobús, cuando un joven vestido de saco y corbata se acercó al merolico.

-Enseguida sabrá si le quieren, jovencito- dijo el mago. Y cuando el hombre se disponía a echarle la suerte, Ray, amparado tras el bloque de marchantes que lo rodeaban, gritó con todas sus ganas:

-¿Y dónde acabó la *Harley*, Cantoral?

El mago nos buscó con los ojos y las cartas escaparon de sus manos.

REMINISCENCIA

¿Recuerdas al abuelo Pepe? Vivía para recordarte que el tiempo era fugaz, que a los años les crecían alas.

Los ojos húmedos, perdidos en la distancia del mar, el abuelo mecía sus congojas en el sillón de cuero, mirándote jugar. Y muy poco le importaba que estuvieras en vacaciones y menos, mucho menos aún, qué deporte llenara tu vida. Así era el abuelo Pepe, un jodón.

-No quiero que el día de mañana te pase lo que a mí, que vivo de dar lástima a tus padres.

Otra de sus frases, la que tanto detestabas por tan repetida, por tan dicha fuera de ocasión, era ésta: “Cada día que transcurre, marca un paso más hacia el sepulcro”.

Ahora que estás en soledad, fatigado por el paso de los años, lo imaginas ahí, a la sombra de la terraza, hostigándote para que hagas la tarea:

-Estudia, muchacho. Toma el ejemplo de tu padre. Un médico excelente. -Y él, “un arrimado en casa”, a menudo intervenía en tus juegos para recriminarte-: Ya quisiera haber tenido un padre como el tuyo.

Demasiado tarde comprendiste la razón de sus palabras. Ayer, de pantalones cortos, jugabas con los primos en la playa, y tu cuerpo flexible, ágil como ninguno, es hoy de abdomen prominente. Tan flácido, como entonces lo era el del abuelo en su poltrona.

De futbolista playero habías pasado a la Liga Juvenil y de ahí a las Fuerzas Superiores. Los gritos de la porra te llegaban como una sinfonía.

-Qué velocidad. Qué golpazo el del chamaco...

Tu presencia en la línea de ataque era imprescindible, como los halagos hacia ti. Halagos que pronto se convirtieron en ladridos fieros...

-¡Que sienten al 23, que se vaya a cuidar a sus nietos!

Y llegaron las bancadas, las palmaditas de consolación, los indeseables sustitutos.

Había llegado la decadencia, pero tu afán de continuar te llevó a la estupidez de inscribirte en una Liga de Veteranos, donde a cada intento de “picar”, de buscar el desborde por el extremo, las piernas se te hacían de trapo y acababas de rodillas sobre el césped.

Una torcedura de tobillo te llevó al retiro de por vida. Pero tu afición continuó: eres hoy juez de línea, un pinche abanderado en los partidos de amateurs, y el olor del césped te consuela; en él respiras juventud. De lo contrario, no haces otra cosa que mirar con nostalgia el álbum polvoriento. La altiva imagen de ayer, la foto donde anuncias un refresco que ya ni se fabrica; a tu lado, en nota amarillenta, aparece el récord de un campeón de boxeo que ahora vende billetes de lotería...

Tus piernas, las primeras que tantos golpes dieron, hoy te duelen por haber subido la escalera; la del mustio departamento en el que vives para lamentarte a la memoria del abuelo Pepe.

EL JARDÍN DE LOS LIRIOS

Julián, que a diario vagaba por arenas y calles hirvientes, soñó que sus lirios eran lenguas agitadas por la marea del viento. En la eternidad de la noche las lenguas se fueron juntando hasta volverse un molusco del tamaño de la ventana, y Julián quedó atrapado en las ventosas.

Ahí, donde rompían las olas, se palpaba esa realidad.

Al amanecer del muelle, el sol había disipado la penumbra del jardín. Pero el sueño seguía presente.

Una planta, con las hojas colgando hacia abajo, bien podía parecerse a un calamar; la brisa le daría vida a los tentáculos del sueño. Era cosa de no mirarles el color, ni la textura verde. La resina era tan babosa como el calamar que lo miraba desde el fondo de un bote.

Animal de oscuridad entre redes, de luz que atrapaban los barcos; animal que era árbol, hojas, racimo de babosidades en acecho... Eso eran aquellos animales: habitantes del jardín.

Una brisa recargada lo mecía en la nostalgia del verano. Muchas temporadas recordaban la misma claridad, el sol de fuego que asomaba bajo el muelle.

A su izquierda —la mano que en el sueño empuñaba el arpón— el nítido horizonte de cayucos y botes de remo.

Una nubecilla de *uses* le rodeó la cara. Y quiso ahuyentarla a manotadas. Vano intento el de Julián, que seguía pensando en oscuridad y baba.

El aire renovado hacía que los insectos recobrasen el tamaño natural. También los crustáceos muertos a su paso.

Debía vivir la luz fantasía de los ojos abiertos y el alivio de los veleros... ¿No su imaginación y el

vértigo de la noche habían convertido a los lirios en un ser gelatinoso?

Así eran las noches para Julián, de sopor y pesadilla.

Sus pies, “un abanico de dedos”, palpaban la arena que se escurría al abismo del mar, donde un islote de sargazo flotaba en la espuma con bichos secos; muertos por el sol del medio día... “Un atole de todo”, pensó Julián.

La novedad de un barco lo obligó a dejar la playa. El navío parecía atascado en el sopor del astillero y sus olores de construcción: estopa y barniz, serrín de madera y musgo.

Rodeando la fortaleza de... ¿los Cámara?, saldría a la ruta del Muelle Grande por el rumbo de la fábrica de hielo; ahí podría chapotear en el agua del drenaje que asomaba al mar, llenando las olas de una corriente helada.

La Hielera, ¿sería también Xculubcyá? Las casas como fortaleza contrastaban con las otras; eran parte del barrio –según Julián–, como el contraste de los soles y las sombras. Altos muros refrescaban las escarpas donde hervía el orín de los perros. Eso era Xculubcyá.

Había cumplido once años para no saberlo.

Tenía a la vista el muelle grande. Corredor de mar; puente de arcos submarinos y pilares que escondían en la sombra a los peces de feroz agonía entre formas y colores raros. Escarpado de sardinas que el sol tostaba. Adoquín de rieles y camión de carga. Eso era.

Detrás del niño armado de un palo y un cordel que arrastraba en el agua un trapo a modo de señuelo, Julián, el de los pies despellejados, heridos por las espinas del Chaxnuc, pisando curricanes y latas de carnada, seguiría al hombre del arpón; la esperanza de cazar a un pez como el del sueño y verlo en el abismo desangrarse lo animaba a mirar

por la barda... Nada divisó. Sólo espuma y burbujas. El sol incindiaba la melancolía de las nubes del poniente. Julián, el invitado de agosto, caminaba de regreso a la casa de verano. En la casa del abuelo — la de sus padres durante el mes de julio— no estarían papá y mamá, tampoco los hermanos ni la nana Gloria. Eran otras las personas que habitaban en la vieja casa de madera y palma.

Contemplaba el estallido de la espuma en el arenal. Qué triste lucía el barrio con el viento; viento que aullaba y hacía que rodaran los arbustos en el hueco de las dunas. Ahí, donde cielo y mar se confundían, destacaba la ausencia de todo.

La tarde, para Julián, sin los veleros era presagio de oscuridad y de malos sueños.

El buque Flecha, en manos del tío Felipe, era tan sólo un trozo de madera. Lo mismo pasaba con el escalón donde la tía Alicia, el sabucán de compras en la mano, apoyaba el peso de su enorme cuerpo: no era el muelle de Progreso...

-¡Qué barbaridad! Bastante grandecito ya está para hacer lo que hizo, Felipe. No tiene remedio ese chamaco.

Julián echó a correr hacia la casa. Pasó de la sala al baño, del baño a la cocina, de ahí al comedor y del comedor al patio. Se escondió detrás del brocal del pozo.

-Es una barbaridad. Ya está grande para esto.

La curva del vientre de la señora Alicia se agitaba con sus gritos.

-No es posible que nos haya causado tanto destrozo.

El arpón... Un alambre oxidado en las manos de don Felipe Quintero, que limpiaba de barcos y camiones el jardín de la playa. Las hojas que asomaban con su aroma por la barda de Urcelay, era eso: hojas, no picudas ni fieros tiburones.

A través de la celosía de madera del comedor, asomando la cabeza por encima del brocal del pozo, Julián veía que “El Flecha” —carguero por excelencia, transportador de pacas de henequén y sorgo hasta el bloque del cemento que los Vallado o los Franco habían abandonado en la esquina de los cipreses— era aventado por los primos que, tiritando de frío habían salido del mar por mandato del tío Felipe. “El Flecha” descansaba en el rincón del jardín, entre los lirios arrancados. No volvería a transportar corcholatas ni papelitos de celofán hasta el escalón de la playa, sostén de la tía Alicia.

-¿Qué irá a decir la pobre de Irma cuando venga por este chiquito y vea lo que pasó?, Tan bonitas que estaban esas matas, Felipe. Y cómo olían. Y cuánto las cuidaba. Es una barbaridad. Su propio hijo destrozando los sembrados que tanto le gustan. Pobre Irma.

Es un destructor. Un depredador este chamaco que mañana mismo se me larga de aquí...

Con la imagen de las manos velludas del tío agitándose en el jardín, la de los primos en traje de baño que asentían a las palabras de su padre: “Mañana mismo se me larga”, y el ceño fruncido de la tía, mirando hacia los lirios, el siguiente amanecer en la casa de verano sería para Julián estremecimiento hasta el llanto, en su escondite del patio de silencio y bruma.

Alzó la mirada. Ya la noche había rodeado de misterio a las palmeras.

ENTORNOS DEL POLVO

LA QUE VIVÍA PARA ESPANTAR EL SUEÑO

Caminaba en la oscuridad total y siempre arrastrando por los adoquines sus mugrientos huaraches de cuero. El puesto de verduras que decía atender en el mercado solamente era verdad en su imaginación. El paso diario de María "La Loca" por la calle de mi casa me hacía saltar de la hamaca para buscar refugio en el regazo de mi madre. Y cuando su ronca voz resonaba en la ventana, yo echaba a correr por el cuarto atropellando lo que encontraba al frente: pabellones, bacinillas, bombas de *flitear* y hasta cestos de ropa sucia.

Me gustaba contar historias de terror en las bancas del parque y la inquietud de mis propias invenciones crecía cuando "La Loca", en su afán de retroceder el tiempo, hacía cambios en el tono de la voz y sus palabras se oían como si fueran los hijos los que reclamaran cosas.

Por su extraña costumbre de hablarle a la oscuridad, María me inspiraba los mejores cuentos. Eran historias que mi imaginación transformaba, y la vieja bien podía convertirse en la X'tabay o volverse "La Llorona". Mi voz de niño, imitando los aullidos de este personaje de leyenda, marcaba el fin de la charla en el parque; todos huían en distintas direcciones, ya que la planta eléctrica de don Orlando paraba a las doce de la noche y se hacía inminente el oscuro silencio en las calles del pueblo. Minutos antes de que llegase el apagón, mis oyentes me dejaban solo en la banca y entonces me estremecía escuchando el rebotar de los insectos en las farolas de escasa iluminación. Y al ver que el reloj del municipio estaba a punto de marcar las doce, me apresuraba a reunirme en la plaza con el tropel de gente que salía del cine, y así evitaba el

solitario regreso a casa o toparme en la penumbra de mi calle con la vieja loca.

Doña María era también el personaje central de mis veladas nocturnas. Como guionista, cobratarario y actor de mi propio espectáculo, me servía de los hipiles y rebozos de la nana Anselma, los que tanto le gustaba presumir en las corridas de feria, para integrar el vestuario de mi pequeño teatro.

La función costaba diez centavos por persona y la recámara principal, la de todos, se iluminaba con luz de velas.

El efecto del comienzo marcaba también el fin del espectáculo, pues mi andar de cojo y el rebozo colgando de mi hombro gacho dejaban paralizado al público en sus asientos de suelo. Las palabras de María “La Loca” –mis ojeras y arrugas de carbón- iban acompañadas del fantasmal lloriqueo de los hijos que mis dos hermanos, envueltos hasta la cabeza con sábanas blancas, representaban a perfección, lamentándose de los reclamos de la madre loca como sólo pueden lamentarse los niños que nacen con taras de mente y cuerpo.

De modo fantasmal.

Y cuando la nana Anselma, jorobada, pequeña, el rostro con arrugas de verdad, se asomaba a la puerta maldiciendo el programa de esa noche –Es malo jugar con candela, no se burlen de la pobre de María, tiene el nombre de la Madre del Señor y sólo sufre lo que sufren las sufridas porque perdió a los hijos... Los dos murieron cuando cayó el tablado y es obra de Satanás burlarse de los muertos, Manuelito”-, todos salían en busca de la calle y yo acababa solo en el cuarto de las velas, escuchando que el viento gimiera en el patio mientras contaba esta historia.

LA EXCURSIÓN DE GAVILANES

Nos molestaba que oliera a loción, también su pose de galán y el cuidado que le daba a su persona. “Soy la experiencia con patas”, solía decir en los bailes, pero en verdad había metido la pata cuando entró en nuestro grupo: *La Patrulla Gavilanes*.

Lo hizo. Vino a la excursión y debía pagar. Pagaba, pues la novatada. Y ese apodo le quedó: “El Novato Aldrete”.

Si alguien del salón preguntaba quién era “El Novato”, se respondía en coro, imitando el habla de la capital: “Pos Aldrete, ñero”.

Ya en el rancho, no hizo más que criticar la sequedad, el polvo del campo. —¿No les aburre?, es una pinche planicie de líneas con espinas y la pura pinche roca. No hay montañas ni lagos, sólo charcas, si acaso. ¡Qué fastidio! De haberlo sabido...”.

En ausencia de Tomás comandaba la patrulla “El Zopi Martínez”. Ahora sí, que Aldrete se jodiera. Y se llegó al acuerdo de montar caballos.

El de “El Novato”, bronco, pajero como pocos, bien pudo conducirlo; moverlo a su antojo. Además, picaba al caballo en los flancos, sacándole el paso.

“El Morito” obedeció dócilmente, como si llevara en el lomo a un Lawrence de Arabia, no a un pendejo huach.

“Vamos a cambiarle la novatada”. Se oyó la voz de “El Zopi Martínez”, hablándole al vaquero: “Nicolás, dale un caballo penco. Un burro de ser posible... ¿No ves que lo queremos chingar?”

Aldrete montó a “Valedor”, panzurriente, de lomo curvo y también lo condujo como si fuera pura-sangre, nunca el caballo más viejo de la comarca.

Desde el lomo de “Valedor”, “El Novato” lazó novillos y hasta vacas con cencerro...

-“¿Ya lo vieron, maricones, que sé lazar?”.

Momentos después, bajándose del caballo, echó a correr hacia el bebedero para lavarse las manos.

-Pinche polvo. Pinchurrienta suciedad. ¡Cómo apesto al camello que me dieron!. Y señaló a Valedor, diciendo que así se llamaba, porque valía pura madre. En aquella polvareda, que le llamábamos rancho, el mero bueno era él, aunque le doliera al “Zopi”.

De nuevo, la voz de Martínez: -Nicolás, dile a Evaristo que abra la reja del corral y eche a andar al resto del ganado. Que sólo deje al Candela, el novillo colorado. Que Aldrete lo quería torear.

-Y tú también, zopilote. No seas coyón. Si el novillo embestía de mal modo, él, por ser zopilote, muy bien podía levantar el vuelo. Y cómo se permitían chombos en la parvada de gavilanes. Que le explicáramos eso.

Al Novato se le había dado por capote una franela vieja, con agujeros que dejaran traslucir su cuerpo; sus pectorales de gigantón.

“‘Bebeto’, pisa con cuidado. Ve muy bien por dónde caminas, que hay miarda fresca en el corral”.

Martínez había comenzado a llamarle con el apodo que Alberto Aldrete, el doble A, más detestaba, por ser tartamudo. Sobre todo cuando se hacía llamar “Beto... Bebeto, bébete éto”, solían decirle en los mingitorios junto al salón del sexto y había que echar a correr; esquivarse de los golpes... “Bien fuerte que pegaba el huach”.

-“Bebeto”, cítaló a distancia. Así, con gala de buen torero.

-Yepa... Griten ole, maricones.

“El Candela” embestía franco, siguiendo el engaño. Era una figura el tal Aldrete, sobre todo con el trapo a modo de muleta. A pies juntos, en el

centro del corral, hizo lances magníficos a cada embestida del novillo. Y toreó hasta el cansancio.

Martínez no lo podía creer. Sentado al borde del bebedero, el capote en la mano y sin haberlo usado, pensaba en el giro que habríamos de darle a la novatada.

-Mírenlo, le molesta el polvo. Cada vez que puede, se lo limpia...

Neto había dado en el clavo: que Evaristo vaciara el agua del tinaco y también cerrara la llave principal. Era necesario guardar cubetas y sogas. El pozo no sería problema. Era lo suficientemente profundo para atemorizar al Novato.

Enormes polvaredas llenaban el aire de la sequía. Todo era sudor y comezón. Aldrete, un poco alterado por los nervios del triunfo, se enjuagaba los brazos en la pileta del bebedero, cuidándose del montón de abejas en el caño de provisión.

-Zopilote- decía ¿aprendiste cómo se torea?

Martínez lo miró, encolerizado. Luego, casi a ocultas de los demás, llamó a Evaristo y le dijo:

-Ponle tranca a la veleta, chavo, no queremos que se bañe el chilango ese.

Si Aldrete localizaba el pozo, que se arriesgara a bajar diez metros hacia el culo mismo de la tierra”.

Había sido la decisión final y nadie, mucho menos un defeño como Aldrete, podría contrariarla.

-Te lo digo, Juan, para que lo entiendas, Pedro.

Con estas palabras, “El Zopi” Martínez selló su liderazgo.

La tarde había encendido muros y albarradas. Más allá del casco, la estridencia de los grillos anunciaba la noche en el pastizal.

El llano hervía en cantos y sonidos de cencerro. Estábamos contemplativos, mustios, la mirada perdida en el vacío del corral. Nos había atrapado el resplandor del ocaso.

-¿Y tampoco hay agua a donde vamos?

La pregunta de “El Novato” nos devolvió al sopor de la sequía.

-Pues sopla. Haz que gire la veleta.

Martínez le indicó que el Reglamento era claro, contundente en sus mandatos. La Promesa Scout debía celebrarse ante el grupo, seriamente. Alrededor de la fogata, el iniciado debía plantarse como un soldado, realizar primero el saludo y enseguida decir en voz alta el enunciado de la Promesa: -Pero sin tartamudeos, “Bebeto”, porque entonces te repruebo y nunca serás Scout.

Además, debía usarse el uniforme completo: la camisa limpia, recién almidonada; el sombrero de fieltro en la cabeza, el bordón en la mano izquierda. "-Y te amarras la pañoleta al cuello, el hacha, la cantimplora y el cuchillo, pues ya sabes dónde". Tampoco podían faltar los pantalones cortos, las medias de estambre, el morral, y desde luego, muy importante, realizar el recorrido a pie.

-¿Y tampoco hay agua a donde vamos?- repitió “El Novato”, rascándose las costillas: ¿No que es laguna... aguada, como ustedes dicen?

Le indicamos que los terrenos estaban en el corazón del monte. También se le dijo que el agua, al menos en la orilla, era lodo y carrizales, donde nadaban víboras, sapos gigantes y hasta lagartos... De modo que si quería un baño, “una ducha pa’ que nos entiendas, huach, vacíate encima el agua de tu cantimplora; de tu cantina, pues, pa’ que también lo entiendas”.

Y “El Zopi” Martínez, sin mayor tardanza: -Ahí va el agua pa’l güey.

Aldrete tuvo que ponerse el uniforme, pegosteadado de agua con sudor y estiércol.

Evaristo, el nieto de Nicolás, iba al frente de la columna. Los últimos rayos de sol se habían quedado en el llano. Era oscuridad nuestro camino.

En mi mente, las palabras del mayoral: "Si piensan ir a la aguada, que lo hagan durante el día. Yo sé lo que les digo, Jaime..."

-¿Y qué, hay bronca?

-Bueno, bronca no. Lo que hay es chaquiste. Y moscos. Mucha pinolillo: garrapatas como puntitos negros que, ¡Mariya santísima!, pican recio. Déjate de víboras y chaquiste, la cabrona garrapata es lo peor... Bueno, ya que se empeñan en ir hoy, que Dios los bendiga, muchachos. Y le había pedido al nieto: -Evaristo, pon tu camiseta y llévalos a Chacaná.

Aldrete —era ley que "El Novato" lo hiciera— llevaba a cuestras la tienda de campaña: "A fin de cuentas es mía, güeyes, yo la cargo", tropezando contra todo: "Que me alumbren, hay un chingo de rocas por aquí".

Y Martínez, caminando con rapidez, apurando el paso tras Evaristo: No mames, se llaman lajas. No estaba en la playa el chilango. Que Aldrete, "Bebeto" para mayores datos, se diera de golpes de pecho por tener quien le enseñe a hablar.

-Que lo suuban/ que lo baaajen/ que le canten el Santos Dumont/ Sí, sí, sí/ que le canten el Santos Dumont...

Se podía ver el aire jugar entre las ramas a lo alto. El cielo era rojizo, embarrado de nubes negras. Sólo algunas estrellas blanqueaban el firmamento. Hacía bochorno en el interior del monte y lloviznaba finamente.

-Corazones juvenilees escuchaad/ la llamada que hace el aura en su cancioooón... Y si te faltaa/ alguna vez tu dulce hogaaar/ la Flor de Lis te ha guiar/ donde viviiir...

Marchábamos a tranco largo, con el paso Scout. El eco del monte repetía el tintinear del cuchillo, el roce del hacha con el metal de la cantimplora.

Nuestros cantos: "Santos Dumont/ Santos Dumont tenía un globo..."

Al borde de una rejollada de rocas y hierbas, rodeado de árboles de grande altura y grosor, levantamos en un claro el campamento.

Era imposible mantenerse quieto en el sopor de la noche. Los tronquitos y piedras donde habríamos de recostar la espalda, no permitían el descanso.

La comezón de la pinolillo se hacía insoportable.

Evaristo, descalzo y en camisa *sport* acomodaba gajos y troncos secos frente a la tienda de campaña. Casi al centro del descampado.

-¿No te pican los zancudos, chamaco?

-Oye "Bebeto", se llaman moscos. Así no te va a entender, respondió Martínez, aventando manotazos por todas partes.

-Bueno, ¿no te pican los moscos, Evaristo?, corrigió "El Novato" que, rascándose apuradamente los brazos y las piernas, comenzaba a mostrar la hinchazón de los piquetes por todo el cuerpo.

-Jú, más que a ustedes.

-Pos yo no veo que te rasques.

-¿Y pa'qué, si de todos modos no se irán, sino hasta que amanezca? Además, si te rascas, no haces más que lastimarte.

Prieto como la noche, el muchacho reía calladamente, enseñando el brillo blanco de sus dientes.

Aldrete, en cambio, no dejaba de lamentarse. De lanzar maldiciones contra todo. No era posible que siendo de noche, no dejara de sudar, de aventar manotadas por el chaquiste, los zancudos, "y el jueputa calor". Que nosotros, "los pinches yucas", éramos capaces de cubrarnos con cobijas de lana para no morir de frío hasta en el maldito infierno. Y más que gavilanes, parecíamos marranos por la tanta suciedad.

Martínez le dijo que no era cosa de hombres andarse quejando. Si continuaba con lloriqueos, todo el grupo, a coro, le cantarían lo que más le gustaba a las Girls Scouts. Porque valientes, lo eran más que Aldrete. No se andaban con lamentaciones ante la adversidad, ni se corrían las medias para enseñar los piquetes, y menos, mucho menos, chillaban como ratoncitas: -“Tú sí, maricón”.

Un iniciado como él, debía comportarse debidamente. De pie, frente al fuego, que Evaristo encendiera la fogata, el uniforme bien portado: “No así, abierta la camisa, las medias corridas... parecez mamarracho y no Scout”. Que dijera la promesa, a buen tono de voz, pa’ que lo oyera el monte. El corazón mismo de Natura.

-Qué promesa ni qué diablos. Él se largaría al rancho, ahora, a plena noche. No aguantaba el calor y mucho menos a nadie de nosotros. Maldito era el día en que se le ocurrió venir.

-Mi madre me lo advirtió. Ella conoce bien a los de aquí. Apenas se juntan, empiezan a joder gente. Sobre todo a los chilangos... Ah, pero no los veas solos. Se comportan como lambiscones. Hasta imitan nuestro modo de hablar...”

-Corazonees juvenileees escuchaaad... ¿Lloras? ¿Estás llorando, Aldrete?/ la llamada que hace el aura en su cancióon.../ Oye Evaristo, ya deja de pendejear y ponle más leña al fuego. ¿No ves que están picando a la señorita Aldrete?”. Martínez era anticuado, porque señoritas, lo que se dicen quintos, ya no las habría nunca. Sobre todo en estos tiempos.

-No chingueis.

Descendimos a los carrizales, buscando al “Novato”. Un débil resplandor se extendía a lo ancho de la laguna. Todo era quietud, tensa calma en la oscuridad del monte. El eco del cantíl, repetía nuestros gritos:

-Aldretee... Albertooo... "Bebeetooo"... ¿Estás escondido por ahí? Responde. ¡Di algo, jueputa!, que esto no es un juego.

Y oíamos el chapotear de nuestros pasos en la pared de lajas.

-Aquí, en esta cueva que ven, se esconde el tigre. También el venado viene por agua... siempre que no lo huelan por el cabrón tigre...

-¿No te pican, Evaristo?

-Mi abuelo Nico, ya hasta tiró un *jalep*. Aquí merito.

Saltando troncos, bajando por hondonadas resbaladizas, rodeamos la aguada. Algún animal chapoteaba en la quieta superficie.

-Aldretee... Albertoo... "Beto"...

-¿Crees que se aleje mucho, Evaristo?

La búsqueda se hacía cada vez más angustiada. Los nervios comenzaron a destacar, a envolvernos a todos. Qué diríamos a la familia si Aldrete no aparecía. Además, lo que temíamos era que al "Novato" lo encontráramos muerto. En todo el derredor, seguramente abundaban las víboras de cascabel, y según Evaristo, hasta la nauyaca podía morderlo.

-Alumbren por aquí, no se lleven la lámpara ustedes, cabrones.

El culpable era Martínez. No hizo más que fastidiar al "Novato". Él debía entregar el cadáver de Aldrete cuando volviéramos a Mérida. Y tan nerviosa que estaba su madre: "Me lo cuidan mucho. Es un niño delicado, mi Albertito... ¿Estás llevando tus medicamentos para el dolor de cabeza, Albert? ¿Y el jarabe para la tos? ¿Y hay gente responsable pa' que les atienda, niños?". Sin la ayuda de Evaristo, se hacía imposible encontrar siquiera el camino de regreso al campamento. Y Aldrete, enloquecido como estaba por los tantos piquetes y el calor, acabaría perdiéndose en el

vericuerdo de las veredas que conducían al rancho. ¿No se habría ahorcado en el enredijo de lianas y bejucos? Caminando en plena oscuridad, era seguro que ocurriría. ¿Volver todos al rancho? Imposible. Tres horas de marcha, a tranco largo, acabarían con nuestras fuerzas.

-¿Y el cargamento, la tienda de campaña...? ¡Eso, la tienda, “su” tienda de campaña, lo haría recapacitar!.

Subimos de nuevo por el cantil de piedras. La hoguera, adormilada por la ceniza, resplandecía débilmente en el escampado.

Entre el silencio de las malangas y enredaderas del derredor, lo esperábamos. Ahora sí, al compañero Aldrete. Iba a regresar para decirnos la promesa. Ahí, a la luz de la fogata, -que Evaristo le pusiera leña- haría el juramento: “Yo prometo por mi honor, hacer cuanto de mí dependa...”

-¿Crees que se pierda, Evaristo?

Había cercos de alambre en los alrededores, callejones desmontados por donde pudiera seguir el rastro de las vacas y los caballos hacia el pastizal...

Iríamos por él cuando llegara el día. Los que habíamos soportado el rigor de los piquetes, los que no chistamos por los moscos ni el calor, bien lo habríamos de hallar en aquel sitio del monte que nos rodeaba.

Aquí, sentado sobre una laja, Aldrete debía escuchar nuestro canto: lo que las exploradoras le rendían a la adversidad... “La santa Catalinaaaa/ pirirín pirirín pom pom... era la hija de un Reeceey/ era la hija de un Reeceey/ era la hija de un Rey/ Pum”, vendría el manotazo sobre Aldrete. El fantasma que flotaba en la conciencia del grupo, y parecía emerger del pozo de oscuridad en que estaba convertida la laguna de enfrente.

UNA TARDE EN LA FERIA

*Para Anselma Kantún
Vuelta polvo en la memoria*

Yo ignoraba que Eugenio fuera el hijo de la nana. Lo supe en una tarde de corrida. El tal Eugenio era un tipo singular, bailaba bien las jaranas y le entraba a la toreada. Un ruedo sin él, vistiendo el terno de mestiza, parecía apagado. Y es que Eugenio era un borracho más, como hay tantos en las fiestas de pueblo. Se colgaba a la cola de los toros, zapateaba en los medios meneando las nalgas y el rebozo. El sol brillaba en los tendidos con la risa de la gente.

Anselma...

Pensar que aquella noche también me arrullaron tus cantos... y oí que dijeras oraciones cuando el hijo que ocultabas saltó al redondel de "palustrada" a montar un novillo con cinchos y banderillas de colores, embravecido. Detrás de mí, en tu silla junto a la baranda, dijiste en la tarde de tablado y palmas lo que hasta entonces no te oí mencionar. Apoyada a mi espalda, tu español mal pronunciado llenó mis oídos con esto que decías, Anselma:

-¿Ya ves lo que pasa porque yo venga contigo en los tablados, que nunca quise porque ahista ese que le dicen bastardo y no sé cuántas cosas más, y todos saben que es Eugenio y a diario se emborracha y le encanta torear... ¿Ya ves que sólo vine porque tú te entercaste, Manuelito?

Alcanzado por un cuerno del novillo, entre cornada y cornada, Eugenio era llevado a ras del suelo hasta chocar con la puerta de toriles. Parecía de trapo, barría piedras y zacate con los vestidos viejos que había robado del baúl donde guardabas

tus cosas Anselma. Me acuerdo de sus carcajadas rotas. Una banderilla le había quebrado los dientes y reía a la música del ruedo, o a no sé qué, cuando lo llevaba a cuestras el caballo que logró sacarlo del revolcadero del portón.

Las arrugas en tu cuello temblaron, nana. Y el chal que llevabas a las ferias se había atorado en el palo del barandal. Fue entonces que, colgada de mi brazo, te alzaste del asiento con lo viejo de tus huesos y:

-¡Ay, Dios! ¡Ay, Virgen Santísima de Los Remedios, que me lo saquen de ahí!

Te dije:

-Es sólo un borracho. El hijo de don Mauro... Uno más.

Tus manos arrancaron el rebozo del palo donde se atoró, y cuando bajamos por el escalón de tablas me dijiste lo que nunca pude imaginar...

Las ferias a la Virgen se alejaron. Diciembre de manzanas sólo me dejó su olor de vientos, de palma seca y tus palabras de aquella tarde:

-¿Pues no estás viendo, mi niño, que también Eugenio es hijo de mi entraña?

DON PEDRO VERDE

Nunca supe de dónde era, ni cuándo había llegado. Con la barba y el pelo cano, parecía la figura del Sagrado Corazón: un dios de miseria.

El saco de lino y alpargatas con suela de llanta, don Pedro Verde se arremangaba los pantalones como si aún pudiera deshierbar y se los fueran a mojar las hierbas. Vivía en una choza de cartones y latas, en el fondo de mi solar, del largo solar de casa. Y si iba a la calle por limosna llevaba siempre a las espaldas un costal de cosas que a nadie podían servirle.

Se contaba que Verde rescataba los cuernos de vaca del tambor del mercado para arrancarles la carne con sus dientes, “que no son dientes, Manuelito, sino colmillos, y va de noche al cementerio, donde tiene otro jacal. Hace sillas con huesos de difuntos, bebe el agua de los charcos y usa cráneos que parte por la mitad, como si fueran jícaras, Manuel...” Si el viento le botaba su guarida, don Verde se metía en el hueco de una tumba para pasar la noche. “Ese es Pedro Verde, Manuelito. Aunque no me creas”.

Esto afirmaba “El Chito Lindo”, un hombre tan extraño como el propio Pedro Verde. (Yo estaba rodeado de gente así, porque el tal “Chito Lindo”, muy delgado y con cara de calavera, vivía junto al portón de casa y a menudo compraba caballos viejos, Dios sabía para qué).

Yo era entonces un chamaco que apenas comenzaba a mudar los dientes y la estampa del hombre de mi patio no dejaba de inquietarme. Sin embargo, al verlo en el umbral de su choza, observando el horizonte del solar, los ojos grises o azules, perdidos tal vez en recuerdos, pensaba que debía agradecer a mis padres la casa donde

vivíamos todos: abuelos, nana, tía soltera (pero tía de verdad) y otras a las que mis hermanos y yo por cariño les llamábamos tías... Ayudaban a Fidelia en la cocina, barrían cuartos, corredores y zaguán, y me cuidaban como el hijo que no tuvieron o habían perdido por descarriado.

A veces la imagen de don Pedro en el banquillo, desgranando mazorcas de maíz, solitario en la tarde, sin perro que le ladrara, se antojaba familiar, como su manía de remover la tierra con los dedos en busca de monedas. Sus pantalones rotos o zurcidos con hilos de mugre hacían que desistiera de aventar piedras a su techo y me olvidara del rencor porque invadió mi patio.

Encorvado, la melena cubierta por el sombrero de huano, Pedro Verde y su miseria hacían que agradeciera el contar con un padre tan importante como el mío, que trabajaba en todo: hacía hortalizas, criaba vacas y gallinas, vendía huevos y leche, fabricaba bloques y cal y hasta hubo un tiempo en que repartía de pueblo en pueblo la afamada sidra *Canada Dry*... Mi padre, que era licenciado y a diario atendía al montón de hombres y mujeres que lo visitaban en su oficina del Palacio.

Muchas interrogantes me ofrecía la figura miserable del hombre del patio. ¿Estuvo alguna vez en la primaria Pedro Verde? Nunca oí su voz. Si lo había estado como yo (en la pública de enfrente), podría al menos escribir lo que pensaba.

Mi abuelo decía que uno era del lugar “donde se abren los ojos para sentir lo que se mira”; de allá era uno; y el viejo miraba lo que yo, las mismas hierbas del patio.

Aquella tarde, frente a mí, estaba absorto en la distancia de las nubes, y entonces me decía que Verde era de ahí, de la misma tierra donde parecía sembrado. Algo lo ataba a su choza del pueblo.

Quizá un recuerdo. Pero lo cierto era que el hombre alguna vez llegó, y fue para quedarse.

DESTELLO DE PUBERTAD

Observa la inmovilidad de la hamaca, el sueño de él, que parece flotar en la penumbra de la casa. Lo mantienen despierto la sombra del corredor, el maullido de los gatos, las ramas que agitan la noche del patio. También sus pensamientos.

La oscuridad se alarga en la fila de los cuartos. No hay luz en todo el pueblo. Han apagado la planta eléctrica y el silencio anida en las calles, en todo el derredor.

Lo observa nuevamente en la quietud del tiempo. De ese tiempo que no transcurre, que se atora en la agonía del pensamiento más atroz de los pensamientos: el de la media noche, cuando él, Víctor, su invitado de ocasión, duerme y se transforma en *otro*. Muy distinto al primo "Vic", que a diario lo acompañaba en su recorrido por el pueblo, bogando el agua de los charcos; Víctor que, la rama seca en la mano, cortaba en mil pedazos el vuelo de las mariposas y siempre lo acompaña a pescar sapos en plena metamorfosis. Es decir, gusarapos.

"Hoy lo hicimos, aplastamos gusarapos en la orilla del tanque de riego, destrozamos mariposas con bejuco de "ic-kabán" y la noche, esta noche que se cierra sobre mí, llenándome de inquietudes y remordimiento, me devuelve la imagen de la tarde. Puedo verme de nuevo con él, descalzos entre el charco, agitando las ramas. Polvos metamorfos, como lluvia de colores, descienden a mis hombros... Tengo la camisa amarrada a la cintura".

Oye que respira y vuelve a mirarlo. Las piernas de "Vic" —que es otro—, descansan flexionadas contra su pecho, que empieza a moverse como fuelle, a inquietarse, tal vez...

“Le sucede con frecuencia. Está en profundo sueño, pero habla. Habla y hasta responde. Dicen que es un estado como catatónico... Así le pasa a Víctor”.

Había sido un error invitarlo a pasar la noche. Ahora duerme junto a él, en la enorme casa, tan llena de recuerdos. Y se levantará, dormido, a correr tras de los gatos.

-Una noche, y aquí está “Huelo” pa’ que lo diga, tuvimos que bajarlo de la veleta, donde subió para cazar zopilotes, según él. Y bien dormido que estaba, con el tirahule en la mano... También sale al patio a vigilar la tumba de Yak. “Vic” mismo quiso enterrarlo ahí, con sepultura de humano. Entonces sale a ver si el cemento apretó, si no tiene cuarteaduras por la humedad y sereno de la noche, como lo hacía desde niño. Victorcito quiso mucho a ese perro”.

La sola idea de que Víctor se acercara a llamarlo, a pedirle que lo acompañara esa noche a cazar gatos: -Hay un chingo en el patio, José, lo mantienen despierto, aterrorizado.

-Y caminan en perfecto equilibrio, como si estuvieran viendo. Dice “Huelo” que el peligro está en despertarlos. Pueden “shockearse”... Pues, simplemente lo tomas de la mano y lo llevas a su hamaca. Así de simple”.

Ha comenzado a mover las piernas. Puede verlo en la oscuridad del cuarto. La blancura de su piel resplandece en el aire negro.

El se levantará, catatónicamente, para decirle: “Vamos a chingar gatos, José”. Y habrá de sentir su contacto, ¿frío?, cuando se le acerque.

¿Cómo sería la mirada, los ojos de un sonámbulo?

Quiere pensar en algo distinto, pero los recuerdos de la tarde acuden a él como por mandato del inconsciente. Ahí, de nuevo en su visión, el

revoloteo del pájaro con el ala herida, sangrante por las piedras que le aventó para aniquilarlo, permanece mirándolo a los ojos, suplicante... La agonía de un pájaro.

“Causo muerte, he faltado al mandamiento principal de la Ley Divina”. Y así se rodeaba en el momento, “de muerte”.

Surge la fascinación por alguien que sólo era un nombre para él: Marco Antonio, que la nana pronunciaba mucho: “Tú y él, eran como hermanos. Se llevaban más que como hermanos... A tu abuelita, que Dios la guarde en su santa gloria, le encantaba verles bailar. Ahora Marco descansa. Se fue blanco, libre de pecado. Aunque fue una desgracia que muriera de esa forma. Un descuido total de la tía Dora, fue el motivo... Gateando por el cuarto, se topó con la botella y creyendo que era refresco, se la bebió. Pues niño, murió envenenado, ¿lo sabías?”.

“Blanco, libre de pecado”. Blanco es Víctor, cuyo sueño resplandece ante sus ojos.

Y piensa que vendrá hacia él, “con su resplendor”, cuando el péndulo del reloj sonara doce veces, remarcando la agonía de la noche. José podía palpar la oscilación del péndulo en la caja de madera. Despertaba en él la idea de un ataúd, de una caja mortuoria, donde el mecanismo, los resortes de la máquina se moverían como esqueletos vivientes...

“Son como el alma en pena, los resortes del reloj”.

El cine, las películas de terror, la fascinación de José. Había visto innumerables veces a los “muertos vivos” de la pantalla y le gustaba, de hecho ayer vio *El regreso de la Momia Azteca*. Sentir la proximidad de alguien, “La Llorona”, tal vez cuando al salir de la función nocturna se detenía a orinar bajo el arco del convento y se le enchinaba la

piel con sólo pensar en la mujer fantasma que pudiera llevarlo entre sus brazos...

“Por el cambio, la metamorfosis del cuerpo, mi desarrollo. Estoy en plena pubertad y eso gusta a las mujeres. Esa noche de cine, la momia me horrorizó. Habían apagado —como ahora— la luz del pueblo y al llegar a casa, como ahora, creí ver a la nana Anselma, su velatorio”.

Y recuerda las oraciones, el perfume de los cirios, su congoja. No es cosa de llamar a mamá, de decirle que el cuarto donde velaron a la nana le inquieta. No lo deja dormir. Porque la mantiene “viva”, a la nana Anselma, en sus emociones y le parece que está presente esta noche.

“Conservas tu actitud de niño... Hoy maté mariposas. Me llené de sus trozos. De metamorfosis. Es por eso que ocurre el cambio en mí. Me masturbaba escondido detrás de cualquier mata. Eso explica que no pueda dormir, alcanzar durmiendo la claridad del día. Del sol que no llega. Del sol que me hace valiente y hasta caliente. Pero la noche... me orilla a pensar en el pecado”.

El péndulo que oscila se mueve como su sexo “cuando lo manipulo”. Víctor y él se bañaron esta tarde con polvo de gusanos en metamorfosis. Y Víctor asumía de manera distinta el cambio, “su propia metamorfosis”, repitiendo por las noches lo mismo que hacía durante las mañanas... sólo que dormido.

El impulso de la noche lo llevaría hacia él, que sentirá su proximidad, el silencio de sus pasos.

“Lo veré caminar, resplandeciente, mientras duerme... Todos duermen, menos yo, que me resisto. Se hace larga la distancia de los gallos, con el meneo pendular en la caja del reloj. Y el sueño que no llega... Pero estaré despierto a su contacto. A su roce sonámbulo. Así despierto lo esperaré, siempre alerta para esquivar sus ojos”.

ALREDEDOR DE LA JUSTICIA

Los vecinos se apretujaban en los portales. No querían perderse el alboroto de la calle principal, la que conduce a la plaza pública. En medio del bullicio, como actores del drama cotidiano, estaba la familia Cocom.

La mujer iba adelante, seguida de la comadre Paula que llevaba un leño en la mano. Elena, la hija menor del matrimonio, se aferraba al justán de Paula que, blandiendo el pedazo de madera, gritaba:

-Já... Nomás que se atreva a tocarte y le rompo la cabeza, comadrita. Te juro que esta vez se la rompo”.

“Peores madrizas me han dado comadre, no me asustas”, respondía el hombre de la casa, que después de resbalar sobre una laja, hacía esfuerzos de equilibrio para continuar en marcha.

Se oyeron silbidos, risas y trompetillas.

“Ríanse, jueputas, que también tengo para ustedes”.

Los ojos del hombre se movían en busca de los silbidos.

Hizo el intento de aventarles tierra, pero su cuerpo osciló. Tres pasos laterales lo hicieron caer entre la hierba, junto al muro de la sastrería. Y cuando Pablo y Evaristo acudían a rescatarlo, Elenita comenzó a llorar.

-Jála, le dijo Paula-. Deja que tus hermanos lo cuiden y alcanza tu a tu mamá.

Elena obedeció. Fue en busca de su madre, que estaba por doblar la esquina. Y cuando Carmen tomó a la niña del brazo, la jaló hacia ella, dándole un sacudón. Después de un golpe en la cabeza, le dijo:

-Es una calamidad. Parece que no sabes cómo se pone cuando está borracho.

Agudos, prolongados claxonazos anunciaban la salida del autobús en la Plaza.

A las puertas del camión, mientras Carmen le limpiaba la cara a la niña, pudo oír lo que Pancho le decía en presencia de los vecinos que entonces lo rodeaban:

-Anda. Pon tu queja, cabrona, yo me sé defender”.

Y cuando el autobús se puso en marcha, Carmen vio a través del polvo de la ventana que Paula y los varones trataban de ayudar a Pancho, que iba dando traspiés y aventaba manotazos al aire para que nadie se le acercara. Hombres, mujeres y niños lo seguían en procesión y corrían de un lado al otro de la calle cuando el hombre se daba la vuelta para ahuyentarlos.

Paula y los muchachos vigilaban que Pancho, “endiablado” como estaba, no derribara el portal de láminas o el muro de albarrada.

Al tomar el autobús la carretera, la mujer se soltó en llanto. Un grupo de venteras la rodeaba en su asiento de ventanilla.

-Cálmate, niña. Vas a asustar a tu hija. Mejor dejas todo tu llanto pa’ cuando llegues a la Judicial. Nosotras te apoyamos”.

Carmen volvió a mirar por la ventana, donde sólo la distancia borraba aquella imagen que tanto repetía.

Demetrio llegó puntual a la cita con el agente en turno. En el pasillo frente a la sala, un hombre de avanzada edad, semijorobado y tuerto, fregaba los pisos. Un grupo de personas, con aspecto de litigantes, aventaba chistes y risotadas a las puertas de la jefatura.

Muy pronto el pasillo se vio atestado de gente. Hombres y mujeres de todo tipo ocuparon las bancas frente a la Agencia 3, que enseguida entraría en turno.

Cuando Mireya abrió la puerta, alguien corpulento se dispuso a ordenar la entrada:

-Primero las damas... Ey, espérate ahí. Si tuvieras falda pasarías. Porque lindo, lo que se dice lindo, sí lo estás”.

Demetrio tuvo que explicarle que él era el nuevo escribiente de la sala tres. Que Mireya podía decirle. Un gesto de la mujer bastó para que el hombre de la puerta le cediera el paso al aprendiz de leyes.

El joven ocupó su puesto en el rincón de la ventana.

Por influencia de su padre -muy amigo del actual procurador-, Demetrio había conseguido una suplencia en el Ministerio y era obvio que al titular de la sala tres, al grandulón de la puerta no se le había informado.

Ya repleta la sala, Mireya los presentó.

-Así que tu padre es el “lic.” Zamundio, muchacho, dijo el agente al tomar asiento junto a Demetrio y le estrechó la mano: “Lo saludarás de mi parte. Un gran hombre. Yo aprendí mucho de él. Fui su pasante cuando trataba en la junta... Le estoy agradecido y espero responderle. Aquí aprenderás muchas cosas que no están en los libros, muchacho. Y no hay mejor escuela que la vida misma. Ya lo verás”.

Le ordenó a Mireya que hiciera pasar a las mujeres.

-Siempre las damas están primero, Demetrio. No lo olvides.

Se acomodó en la silla del escritorio. Extrajo del bolsillo un chicle de celofán y se lo metió en la boca.

-A ver, ¿qué le trae por aquí?

Y dio comienzo la atención al público.

Carmen fue la última en el turno. Cuando la recibieron, la agencia había entrado en aparente

calma. La mujer expuso que el marido era un padre amoroso, pero nada más. Se había desempeñado como bracero en los primeros meses de su matrimonio con ella y volvió tan pronto supo del nacimiento de Pablo, el mayor de los hijos. Se había quedado sin empleo y era por eso que bebía para “olvidar”. Siendo en verdad su oficio la plomería, no encontraba más trabajo que en el palacio municipal, donde “sí habían baños”, y en algunas casas cercanas a la plaza pública.

-Nada más. El resto de la gente hacemos nuestras necesidades en el patio, señor. ¿Verdad, Socorro?. La mujer que le acompañaba asintió con la cabeza.

-Sea más directa señora. Vayamos a los hechos. Yo sé bien en donde se agachan en los pueblos. No olvide que soy de aquí.

El agente González sonrió, mirando hacia Demetrio, que permanecía rígido ante la máquina de escribir, en actitud de espera.

Carmen resumió que el motivo de la “queja” era que Pancho la injuriaba constantemente y que esa vez, “hasta me amenazó de muerte. Clavó un cuchillo sobre la mesa, ¡hágame usted el favor!, diciendo que si yo no estuviera embarazada... de alguien de por ahí, me lo hundiría en la panza. Y como tiene amigos en la comandancia, pues ni modo que me queje allí en el pueblo, donde sólo hacen como si lo regañan, pero al “chente”. Luego, hasta se van a la cantina a festejar... ¿Verdad, Elena? Cuéntale al señor lo de tu papá”.

La niña se limitó a bajar la cabeza. Meneó tímidamente su cuerpecito, de lado a lado, ocultándose enseguida tras la falda de su madre.

-Sí, licenciado –intervino Socorro- Todas en el mercado grande sabemos lo que esta señora sufre. Hoy la siguió por todo el pueblo, amenazándola y hasta la insultaba. Y esta pobre mujer se ve

obligada a lavar ajeno pa' que le alcance a mantener la familia. Y su marido lo que dice es que se sale a putear.

Agregó que Pancho, desde el comienzo del matrimonio, había procurado mantener embarazada a la mujer, por cosa de celo:

-Es un pobre diablo... un recabrón.

El agente González paró de masticar. Luego de escupir el chicle en la papelera, indagó:

-¿Le pega, le ha pegado alguna vez?

Carmen volteó hacia Socorro, que de momento acomodaba su "venta" en la cesta, malhumorada por el hecho de que le había sobrado aguacates y mameyes. Viendo que la ventera permanecía absorta en sus pensamientos, repuso:

-Bueno, me pasa a pegar. Ya mero lo hace... Pero me insulta, me insulta mucho, señor y lo oyen mis hijos.

La voz de Carmen se tornó baja, sollozante. Extrajo el pañuelo del cinturón y se limpió los ojos. La niña la miraba fijamente, sin parpadear, con el asombro que sólo puede mostrar el rostro de los niños cuando ven que llora alguien mayor.

-Veremos que se le cite, señora. No se desespere... Demetrio, ¿listo para chambear?, y emitió un largo bostezo.

Había vuelto la calma en la sala. Eran las 2:30, hora de almorzar y Demetrio debía apurarse con los expedientes del día.

Mientras checaba firmas y huellas digitales, pensaba en la joven mujer. Qué vida la de esa gente. Imaginó al marido, los pantalones sucios, descosidos, tal vez manchados de orín, dando tumbos por la casa, aferrado a las hamacas para no caer y balbuciendo estupideces ante los hijos... "Tres niños que deben acostumbrarse al desamparo y al total desprecio de los valores humanos. Tres hijos, el cuarto por nacer y, ¿sostenerlos de aquel

modo? ¿Cuánto ganaría la mujer por lavar ropa? Y si eso fuera poco, en un pueblo”.

La voz de González lo devolvió al bochorno de aquel día.

-Demetrio. Yo sé lo que estás pensando. Que este asunto no se atenderá... Mira hijo, ¿puedo llamarte así? Están por crear una agencia especial para este tipo de asuntos. Mientras no haya lesiones, es poco lo que se puede hacer. Ya lo verás cuando venga el marido... Eso si se presenta. Va a tener testigos y dirá que la violencia ha sido de la mujer. Es capaz de afirmar que el embarazado es él y no ella. Y los testigos lo van a apoyar. Además ya lo oíste. Él repara los bacines del Ayuntamiento y de la gente principal, ¿te parece poco? Mira, a buen entendedor, pocas palabras... Voy a contarte lo que sucedió cuando trabajaba en la procu. Yo era secretario, un pasante como tú y el equis lic. (omitió el nombre por razones obvias) muchacho, tuvo un caso parecido al de la señora May de Cocom, ¡eso!, May de Cocom. En aquel tiempo, pensaban en crear la agencia de conciliación, lo que nosotros llamamos el “tribunal del chisme, o de lo contencioso-chismoso”, que como dije, está próximo a crearse y nos quitará un gran peso de encima, muchacho. Sólo atenderemos asuntos de importancia. Verdaderos delitos, como quien dice... Pues bien, ni se pensaba en crear ese espacio en la averiguación previa y la “doña”, la denunciante de entonces, llegó hasta el procurador, mi jefe, exponiéndole el asunto: amenazas e injurias del marido. Pues bien, la escuchó con toda paciencia. Al día siguiente, se presentó el marido, con la misma cantaleta: amenazas, injurias de la mujer... Claro está que no simultáneamente, pero mi jefe optó por darle la razón a ambos. Un empate judicial, como quien dice. Y ahí voy de pendejo a hacerle la advertencia. ¿Sabes lo que respondió?.

“Muchacho, a ti también te asiste la razón”. Ordenó que yo archivara los expedientes, porque se hacía tarde. Había cosas de importancia que atender y el almuerzo, como ahora, estaba esperando. ¿Captaste la jugada?

El agente miró su reloj de pulso. Luego, alzándose de hombros, le indicó al escribiente que guardara todo en el cajón, pues mañana verían y se pensaba mejor con la panza llena...

-¿Vienes con nosotros, Mireya? El chaval invita.

El sol incendiaba el toldo de la lonchería cuando los tres cruzaron la calle.

TREN DE CUERDA

Cuando pasó la lluvia, llegaron don Memo y mamá. Estaban empapados y olián a cerveza. Hubo fiesta con los del Palacio. El ruido de la música se oía hasta aquí y tal vez por eso no pude cerrar los ojos; no había el silencio que tanto me gusta para dormir. Además, esperaba ver que entraras por el postigo donde no vi nada que no fuera la noche y las nubes de la mañana. Llovió al amanecer. Sólo un rato duró la lluvia, pero vino fuerte, como ciclón. Las láminas hubieran volado si el techo siguiera siendo de láminas, pero ya no.

Bueno, te decía que volvieron apestando a cerveza y el amigo de mamá, su jefe en el Ayuntamiento, se quitó los pantalones frente a ella, que se puso nerviosísima, pero luego se calmó; se llevó a don Memo a la cocina. A don Memo en calzoncillos.

Luego de un rato, los dos regresaron trayéndonos los regalos. Se aguantaba la risa don Memo y mi mamá, pues no querían despertarnos. Estaba oscuro todavía y la nena, mi hermanita nueva, seguro que iba a gritar, a exigir el biberón de leche.

Llora mucho la nena. Ha de ser porque nació después de muerto papá. Debió de acarrear esa tristeza. Aunque hace años que murió mi padre... Y la beba tiene apenas ocho meses de nacida, pero acarreo ese dolor.

Te decía: nos dejaron los regalos bajo la hamaca y volvieron a la cocina. Yo los vi entre los hilos de la red que me cubría los ojos. Mi voluntarioso insomnio de siempre, como dice mamá. Mi madre, que reía escandalosamente en la cocina. Era seguro que don Memo le hacía cosquillas en los pies, porque sé como se ríe mi madre con las cosquillas y

a su amigo le gusta que mamá se ría; dice que son lindos los hoyuelos de sus cachetes cuando sonríe y que más parece niña si se carcajea. Después de un largo rato, en el que sólo se oían las risas y el ronquido del argollero, empezó la tos del viejo. Una tos fuerte, como si estuviera a punto de matarlo. Que ni Dios lo quiera...

Luego se pusieron a conversar. Hablaron de la fiesta, de lo ridículo que estuvo el presidente cuando dijo un poema a la Navidad, sin mencionar tu nombre, Santa. También oí que hablaban del techo nuevo, del baño de losetas, de la Singer y la estufa de mamá. El nombre de papá estuvo en boca de los dos durante largo tiempo. Hablaban de los defectos, de los vicios y terquedades de quien fue mi padre, mi pobre papí que nada recibió de nadie ni cuando era un niño como yo... "Todo se gana a sudor. A fuerza de romperse el lomo, Pablito. Yo me chingo todo el día en una cueva del carajo, pa' que nadie lo agradezca... Por una chingada". Eran las palabras de papá cuando venía borracho y le hablaba a la obscuridad, al silencio del patio. Y de eso hablaron mi mamá y don Memo en la hamaca que colgaron junto al baño. En cambio el nombre de la difunta doña Clara jamás se oyó. A mi madre, sobre todo a ella, le tienen prohibido mencionarlo... No entiendo por qué, ¿o si lo entiendo?

Yo creo, Santa, que papá bebía de coraje. Se esforzaba trabajando y nunca pudo darnos un techo "decente". Eso oí que dijera mi madre. En cambio don Memo...

Santa, aunque no te vi llegar, agradezco el primer regalo que me diste en navidades. Y pido mil disculpas por papá, que en nada creyó... "Irene, haz el favor de no andar contando pendejadas a este chiquito... ¿Has visto un reno en tu vida?, ¿alguna

maldita chimenea? Y quién, qué indio por aquí tiene barbas... ¡Sólo yo, si me las dejo crecer!”

Lo recuerdo sucio de polvo, la cara blanca por tanta cal. Así nos miraba desde la mesa. La botella de aguardiente en la mano y su cara blanca de cal: “Al lugar donde fuereis, berereis lo que pudiereis”, y brindaba con la garrafa a la obscuridad de la noche.

“Todo se gana a sudor...”, y yo diría que también a sangre. Así lo trajeron una tarde de la “sascabera” donde trabajaba; de la cueva que lo sepultó. Vino sangrando y con los huesos rotos, mi pobre papá. Ella colgaba ropa en el pario cuando llegó la carreta con él. Un pañuelo grande le cubría la cara y su cuerpo, magullado, brincoteaba como si estuviera riendo. Ella, desde el tendedero, lo vio llegar y echó a correr por distintas direcciones. Gritaba mencionando el nombre de Jesús, de María Santísima y levantaba los brazos al aire como si la persiguieran las avispas, de tanto que los movía mi pobre mamá. Luego se inclinó sobre la batea, tapándose los ojos con sus manos de jabón.

Me acuerdo que los vecinos y la gente que venía detrás de la carreta fueron por ella hasta el lavadero; la llevaron a ver a mi padre. Cuando lograron meterla en el cuarto —que era nuestro dormitorio y sala y baño al mismo tiempo—, arrastrándole los pies, se santiguó frente al Bendito y pude ver que a mi madre le brotara el llanto en los ojos. Tal vez la pobre lloraba al ver las alpargatas rotas de mi padre. Las estaban aplastando las ruedas de la carreta y mamá se puso a empujar al caballo de don Liborio, pa’ poder recogerlas. Me daba pena verla así, a mitad de la calle, tratando de componerlas; de arreglar las alpargatas de papá... La gente decía: “Sobra tiempo para eso, doña Irenita. Mejor entramos a rezarle su oración”.

Tres años hace de su velatorio y la beba nada supo de eso; aunque lleve dentro ese dolor.

Decían que papá era de costumbres extrañas por venir de gallego. Que mi abuelo Esteban era gallego. Igualito de terco que mi padre. Eso distinguía a mi papi de los demás. Su herencia de gallego. Aunque fuera blanco y espigado vestía igual que los demás. De alpargatas de llanta y hasta sombrero de guano. Que así se lo enseñó mi abuelo don "Teban".

"Hijo -decía el abuelo- al país donde fueres habrás de hacer lo que viereis". Y le hundía los dedos en los hombros al chavo que fue mi papi, haciendo que viera estrellas a mitad del día... "Así de jodón era el viejo", me contaba papá.

Tal vez por eso yo sentía una gran tristeza al mirar mi regalo. Primero fue tristeza y después ya no. Salí a jugar con el tren; lo metí dentro de los charcos de la calle. La que es ahora de adoquín. Pero el pensamiento de que papá no tuvo un tren de cuerda como el mío, era inevitable. Tampoco tuvo un amigo que le sirviera para llevarte cartas en las navidades, Santa. Cuando don Memo se fue a su casa, bostezando, esta mañana, yo salí a jugar con el tren de hojalata. Mamá preparaba el desayuno y la leche para la beba, lo que aproveché pa' salir de casa un rato. Claro, mamá me llenó de pescozones cuando se lo dije. Y así me tragué el desayuno: a punta de pescozones... Y no vi estrellas a mitad del día, con todo y que salí a mi papá. Igualito de terco que él. Que estaba grande pa' no entender que diciembre era frío y que el agua del charco podía enfermarme. Eso decía mi mamá y me daba de pescozones. Así pasa cuando se va don Memo. Cambia el humor de mi madre. Yo sé que no le gusta que don Guillermo se vaya al lugar donde vivió con la finada doña Clara... que le sobran los

recuerdos de ahí, de esa casa, a don Memo y que en nada se esfuerza por olvidarlos.

Don Memo, siempre don Memo. Cuando yo sea grande, pienso ser como él. Llevarte las cartas de mis hijos, Santa, y llenarme de tus carcajadas.

¿Es cierto, Santa, que en las primeras cartas yo me puse pedilón? Te escribí ocho, como los dientes que me han sacado y sólo la de ayer me respondiste... ¿Tuve faltas de ortografía? ¿Me puse pedilón? Eso dice mamá. Mamá que fue maestra en el kínder donde estuve. El de aquí a una cuadra... “Da gracias por el tren de cuerda. ¿No entiendes que no cabe tanta cosa en su mochila? ¿O quieres que se desplome el trineo por el peso de los paquetes y se acabe Santa Claus? ¿Se acabe para siempre?”.

Mamá se lavaba el mandil mientras decía eso; la sangre que chorreó del pavo de la cena. Del pavo que aleteaba en el gajo del roble donde lo colgó pa' cortarle la lengua y manchar de rojo las hierbas de alrededor, las matas del “xtes” que papá —por ser gallego— arrancaba a mano, sin importarle que tuviera espinos y que luego de hervir los tronquitos y las hojas, se las comía revueltas con huevo, fritas en la sartén.

Mi padre el gallego, que nunca pudo conseguir un techo firme... Que no se llueva ni lo sacuda el viento. Tampoco ver contenta a mamá, que ahora luce más joven y bonita, con su encaje nuevecito, el vestido que estrena esta Navidad.

Como si mi padre la viera. Sus ojos, de un azul como los tuyos, Santa, se volverían alegres. Con el brillo que jamás les vi.

Santa, gracias por el tren de cuerda. Gracias por todo.

EL ABISMO DEL LLANO

La contemplación de un sepulcro me producía una especie de inquietud y curiosidad morbosa: el escozor y el tufo de los gusanos habían despertado al habitante de la tumba, y hacía esfuerzos por alcanzar el sol brillando en la grieta; no hallaba más que tinieblas. Oía al pariente que rezaba en la superficie de la claridad, pero a cada intento de moverse el desgarre de la carne y la pulverización del hueso. El fin de todo era la vuelta al silencio y la perenne observación de la charca donde nadaban sus restos.

Esa obsesión de jugar con la idea de la muerte me fue arrastrando a la nostalgia, a buscar el recuerdo de mamá, mi niñez perdida en la bruma de los años. La legendaria y ancestral casona de la finca heredada por papá se convirtió en la meta de mi anhelado viaje al retroceso.

Papá decía: El alma nunca muere. Permanece por un tiempo en el mundo hasta darse cuenta que volvió a su estado original. Entonces se separa del cuerpo. Se dice que este cambio se verifica lentamente, pero sin angustia alguna. Y hundiendo los ojos en el retrato de la pared, agregaba: Apenas me recupere, volveré a su lado; la finca es el origen de los recuerdos de tu madre, allí viví con ella los mejores años de esta existencia ahora absurda, convertida en simple calendario de apuntes. Yo estaba sentado en el taburete del peinador de mamá y observaba las arrugas en sus brazos, las manos trémulas de mi padre buscando esconderse en la cobija. La mirada se detuvo en el retrato joven de mamá, en su sonrisa tierna. El cuerpo enflaquecido de papá, apoyado contra el cabezal de la cama, se erguía como árbol viejo, mirando como si sus ojos

vieran sólo la agonía. Es justo que yo regrese a la finca, dijo, como si de pronto renaciera. Al lejano rincón de mis nostalgias. Agregó que por esas tierras había corrido el arado de mi abuelo, un hombre tenaz, que no conocía imposibles. Y las hizo prosperar, abundaba todo tipo de gramíneas. Los retoños cubrieron de verde esos llanos. Luego de un instante, su rostro se ensombreció. Estoy en el ocaso de la vida, y, tras aludir a mi buena salud y habitual costumbre de mantenerme apartado de las cosas de familia, dijo finalmente: Hazlo por mí, regresa al terruño donde también quedaron tus recuerdos de infancia.

Izamal era la única escala de mi viaje. El tren se detuvo en la vieja estación de madera y láminas. Una solitaria victoria aguardaba mi arribo al andén. El cochero dormía en el pescante, a la sombra frondosa de la ceiba al final del corredor. El caballo, con su armazón de palos y arneses, alargaba el cuello en vano intento de alcanzar las hierbas que salían de la escarpa.

El coche habría de llevarme a la casa donde nací, ahí debía tomar la moto para continuar mi recorrido. Decidí abordarlo en el momento justo que el tren reiniciaba su marcha a donde sale el sol. Ambos dejábamos atrás la soledad del andén recorrido por vientos y papeles sucios. Sonaron en el aire las palabras del padre:

No sé cuál es tu empeño de viajar en tren. Te vas a morir de calor, sobre todo si están quemando el monte para la siembra. Hay autobuses cómodos... Bueno, tú decides... Una cosa quiero decirte: cuando llegues a la casa de Izamal, no te olvides de decirle a la tía Paulina que vas de mi parte; de lo contrario no va a dejar que llesves la moto a la hacienda... Sí, claro que funciona. Toribio la reparó.

El sol había teñido de amarillo los muros y puertas de la ciudad, incitando al letargo de la tarde. Las torres del convento hundían las cruces del campanario en el cielo resplandeciente conforme avanzábamos por la estrecha calle de la estación. Sólo el sonido metálico de los pasos del caballo estremecía el silencio de los adoquines. Mi visión del convento me hizo pensar en mamá, en sus modestas recomendaciones: *Cuando vayas a algún lugar, lo primero que debes hacer es visitar su iglesia. No te olvides de hacerlo, hijito.* Y mis ojos se cubrieron de frailes, de sombras encapuchadas que recorrían el mármol de las paredes en la nueva catedral, manchando de negras figuras las tapias y sus inscripciones; los cirios del altar iluminaron nombres y apellidos en el eterno silencio del descanso... Ildefonso, Alvaro, Gustavo, Santiago, Familia Rosado, Familia Burgos, Reyes, Bobadilla, Mézquita, Canto... 1945, 1952, 1958... Recuerdo de sus hijos. Los confesionarios eran féretros de madera apoyados contra el muro gris de lápidas y cruces de granito. Se hicieron presentes las llorosas tardes de mis clases de doctrina y catecismo. Mi temor de confesar y la angustia de saber que a mi muerte habría de convertirme en polvo.

El sonido del chicote en el lomo del caballo me devolvió a la plaza y al sopor, a los gritos de los niños que sin camisa rodaban aros y perseguían papagayos de papel de seda en caminos trazados por lonas candentes, al brillo estático de las máquinas de feria. La efigie de Landa, con su trasfondo de cinema y cerro, lucía imponente en el marco de carteles que anunciaban películas con grandes letras de colores. A los pies del obispo, entre tendejones y carpas amarillentas, los anuncios de santos y enmascarados, charros negros y momias guanajuatenses, destacaban la ausencia del mercado

viejo, del viejo mercado de láminas en el recuadro de la arquería.

El griterío de los pequeños se iba perdiendo en el aire del atardecer, cuando habíamos doblado la plaza y el convento. En la calle del Arco sólo se oía el zumbido del viento en los portones y el lejano martillar de algún herrero, tal vez extraviado en los solares cercanos al cerro principal.

Al fin de la calle se hinchaban los muros de mi antigua casa...

Ayudarás a la tía Paulina a destrancar el zaguán. No hay nadie en la finca los sábados por la tarde, así que no te olvides de pasar a casa de Furulo a recoger las llaves. Le dirás también que me mande contigo la libreta del ganado y los semanarios de los chapeadores.

Bajé del coche. La tía Paulina, con su mesita a la puerta y su inseparable delantal de arandelas, anunciando sus imaginarias ventas de dulce de coco, flanes y mazapán. La tía Paulina que urdía hilos de hamaca con carretes de Hilera Oso en el bastidor del cuarto; la vieja tía que intentaba en vano, mientras urdía, descifrar con la presbicia de sus pequeños y redondos lentes de carey mis trucos de magia, era como el muro ampollado de soles y lluvia de lo que fue mi casa: una ilusión, tan sólo un recuerdo.

Si no ha oscurecido cuando llegues a la finca, date una vuelta por San Bernardo para que veas cómo está creciendo la hortaliza.

Me asomé a los huecos de lo que fueron las ventanas de mi cuarto, y el aroma de las ortigas me estremeció.

Que tengan cuidado con esas matas. Punzan y sacan ampollas que pican recio... -¿Y cómo lo sabes, nana? ¿Lo sentiste alguna vez? -¡Atió, niño! ¿No estás viendo que soy india?

Me deslicé hacia el húmedo resquicio del portón descolgando tan sólo una madera. Ahí estaba la moto, apoyada en el escombros de la pared, revestida de enredaderas y tallos verdes...

-Sí funciona, Toribio la reparó.

Asenté el tablón en la escarpa y fui por la máquina.

El viento del camino era suave y tibio. La declinación de la tarde había sombreado las piedras y lajas, los altillos y huecos de la brecha sinuosa. La luz del vehículo saltaba por el camino, agitando un rayo a cada lado, haciendo que se movieran troncos y gajos, cercos de alambrada y mazorcas de maíz; y de cuando en cuando hacía que brillasen ojos en las charcas y sartanejas y luces amarillas en los gajos del tajonal.

Después de atravesar el potrero y la reja llegué finalmente a la puerta de la casa principal; apagué el motor y se encendió la noche con sus ruidos.

¡Ah, si puedes dale su barridita a la capilla y limpia de paso los santos y las urnas. Y no te olvides de pasar por la tienda de Martín a comprarles veladoras.

Habían sido palabras de mi padre, frases desgastadas con los años.

Recorrí los cuartos de la planta baja. La luz en los postigos destacaba el contorno de los muebles de madera: lámparas y maceteros colgaban del techo, luciendo en las sogas adornos de macramé, y de la alacena empotrada en la pared emergían olores vivos: pomos, batidoras y trastes estaban ahí, perfectamente ordenados, como si mi madre los acabara de ordenar en las repisas.

Luego salí a la claridad y al canto de los pájaros pujuyes en el horizonte del llano. Tomé la escalinata en el descampado y llegué a la capilla en la terraza de la planta alta. Del corral brotaba el eco

incesante del croar de las ranas en piletas y bebederos.

Crucé el corredor, en el cuarto de techos abismales contemplé la noche ante el balcón de enredaderas y cactus. La constelación bañaba la llanura, había blanqueado el secadero y los caminos de bagazal.

Un viento arremolinado precipitó las hierbas de la noria.

Me acodé en la baranda y seguí mirando la inmensidad de la noche.

La mancha estrellada había empezado a palidecer, a perderse en la curva del cielo con el lejano rumor del monte.

Mamá me hablaba en el aire. Había salido al descampado a regar sus buganvillas. Luego se desvaneció con el claroscuro de la huerta, cuando la bondad de un sueño comenzaba a llenarme.

EL SIMPLE ACTO DE RECORDAR

A menudo escapo de la rutina diaria. Lo hago cada vez que confío en mi capacidad de resolver los pendientes hasta mi regreso. Es entonces cuando salgo de la ciudad buscando la calma que tanto necesito.

En un morral –producto del folklor chiapaneco- llevo la infalible hamaca, el cepillo dental, la sábana que cobija algunos de mis insomnios o pesadillas y el fino calzón de tela que, gracias al elástico flojo, me permite moverme en él con libertad, mientras me llega el sueño. Eso llevo en la mochila y un libro de cuentos, por lo general.

Y me voy de aquí. Huyo de esta oficina, en donde ahora -no sin antes atender llamadas telefónicas, requerimientos fiscales y a uno que otro vendedor de pólizas- me encuentro escribiendo las memorias del viaje de la víspera. Y voy a lo de siempre: a mis recuerdos de Izamal, a la finca que por gracia del destino me sigue atando al “cordón” de mis padres y abuelos. Ahí, en la intemperie de la noche, asoma el viento en los balcones acariciando los días que se fueron.

Recostado en la hamaca, mientras digiero con placer las hojas, tallos y verduras que mi padre –vegetariano de nacimiento- cocinó al vapor, afloran en la mente los instantes del día que pasé en Izamal... Desciendo del autobús, llevando la mochila al hombro. Todo es calma, quietud y silencio en la estación camionera. En las paredes del andén se leen avisos como estos: “Gratificaré a la persona que me devuelva a Sonia. No muerde más que la comida que le dan. Se perdió junto a la tienda de Florencio. Favor de ver a Chelo en el puesto del mercado”. En otro bien podría leerse: “No estacionar los caballos en la entrada”.

Bajando la escalera hacia la calle me estremecen los olores de Izamal. Huelen a establo, a cuero, a silla de montar los coche-victorias que esperan a un costado del palacio. Rememoran las talabarterías en los bajos del convento; ahí, a escondidas del tío Mateo –en franca discusión con su hermano Ponso-robaba retazos de cuero para hacerme un tirahule con horqueta de “utzupec”. En los cuartos de techo abovedado, el franciscano aroma de la sombra era borrado por el olor de la curtiembre: alpargatas, fundas de cuero y bolsas de piel de becerro llenaban de olores picantes el ambiente de los talleres.

Me encamino al parque. En la fila de puertas a mi paso, el saludo, la sonrisa de los paisanos. Aparece un rostro del ayer: -¿Vas a la finca, Manuelito? Con razón vi la combi en el mercado.

El amarillo del convento me llena de luz los ojos. Veo a distancia la figura del hombre que espera, que siempre espera y con algo en la mano. Mira viejo –me dice- Ve qué lindos coliflores acabo de comprar. Y tengo rábanos. También soja y frijoles rojos. Comeremos coliflores al vapor.

Sigo sus pasos... -¿Una cervecita, papá?

Entre lechuga, colinabos y repollo, subo a la camioneta sin puertas ni cristal, tomo asiento. El polvo del volante me impregna las narices de estiércol, de ese polvo que huele a corral y a soga de vaquero... Dejo atrás las preocupaciones, la fatiga, el ajeteo de la gran ciudad... El ruido del motor enciende el eco de los muros y se oye la voz del viejo: -Dobla en la siguiente cuadra. Un silbido lo ha hecho voltear, asoma entonces la cabeza por el hueco de la portezuela: -¿Una cervecita, Mando? Y el tío Armando, tras una palmada en mi espalda sube a la camioneta de las coliflores...

Patios que parecen selva nos cobijan del sol en las calles. La quietud impera en los portones y ventanas del rumbo de Los Remedios: -¿Ya vieron

qué bonita está quedando la iglesia de aquí? La están remozando. Hemos pedido que la arreglen, porque hay gente que ya no puede subir la escalinata del convento. Los que ya pasamos los setenta y pico podremos venir los domingos a esta parroquia... ¿Verdad, Canito?

Izamal es casa, hogar del doctor Bolio, que siempre la vigila.

-Esta parroquia le sirvió de refugio al primer sacerdote que tuvo. Ocurrió durante la persecución juarista, sentencia el hombre de blanco. Mi padre dice: -Lo que quieras saber de Izamal pregúntale al tío Mando.

Con más de cincuenta años en el ejercicio de la profesión, el doctor Bolio se mantiene espigado, ágil para saltar por entre los escombros y rollizos de madera en el piso de la nave central. En los lentes del médico, siempre limpios y brillantes se dibujan paredes, marcos y ventanas de estilo gótico, en reparación.

-Sí, he pedido que en todo se conserve la forma que estas cosas han tenido desde siempre.

Mi padre asoma por encima del muro: -¿Y la cerveza, o ya se les quitó la sed?

Volvemos a la camioneta en la soleada calle lateral... Hago la suma de nuestras edades: Mi padre, 80; el tío Mandín, pues por allá, pisándolos. Yo, 50 bien cumplidos... Poco más de dos siglos van en esta combi, me digo para mis adentros. Y repito: Bien vividos y bebidos, porque estoy ahora en la barra de una cantina junto al viejo Hebert, su propietario.

-¿No importa que estén bien frías?, nos pregunta detrás de la barra el veterano jonronero de Izamal. Y agrega, ¿o quieren que la saque pa' que se calienten? Siempre hablando en doble sentido, Hebert Amaro -con ciertos kilos de más- sigue siendo saludable y fuerte; lo imagino en el cuadro

de “jon-pley”, cargando el bate beisbolero que habría de romper la barda del center, la no menos imaginaria barda que había en el “Zapotal” o en Los Remedios y más tarde –cuando empezaban las canas a llenarle la cabeza-, en El Guerrero, ya con bola de softbol.

“Compro y vendo: robo”, se lee en la pizarra colgada en la pared del bar... Cantina fresca, silenciosa, en donde nadie, ni sus amigos de antaño, comerán botana, “porque aquí se viene a beber, a mamarse si es posible”.

En los tiempos de fayuca nadie viajaba a Chetumal. Con Hebert se encontraba todo.

Bebemos mientras él nos platica de algunos personajes del lugar. Suelta nombres que han pasado al recuerdo... ¿Y se acuerdan de aquel ciego que montaba en bicicleta?, pues al cabrón le gritábamos: ¡Cuidado, estás andando sin luz y es de noche!... ¿Y de Zopimpa? ¿Se acuerdan de Zopimpa? A ese cabrón se la pelaban los toros del tablado. Y también las bicicletas, porque a todos nos toreaba El Zopi”.

-¿Y cuánto se te debe, Hebert? Fueron nueve. Doce si sabes contar...

-Que me den 34.50 y ahí queda. Que les vaya bien.

Dejamos la cantina, la aparente seriedad con la que Hebert cuenta su largo anecdotario. Son casi las tres de la tarde y ya mi padre ha dicho que el almuerzo podría “marchitarse”.

El zaguán del doctor, y esa especie de bodega o apartado que hay dentro, me hace sentir que el tiempo se ha detenido; que ahí, en el encierro de madera y vidrio, una joven mujer, de cara bonita, se encuentra moliendo pastillas en el mortero. La mujer es amable, risueña y muy delgada; observa desde la botica a su hermano que, maletín en la

mano, aguarda la llegada del “Victoria”, que habría de llevarlo para atender un parto a domicilio.

Me digo: ha vuelto Izamal a los años 40...

Se va a marchitar el almuerzo –repite el dueño de la combi: Vámonos a Kalax.

Hago girar la llave del encendido, y atrás, muy atrás se van quedando el doctor Bolio y los atrios de la ciudad con más de cuatro cerros.

El horizonte es floración de “tztzilché”, zumbidos de abeja. Las hojas y tallos del camino, la tierra misma del extenso llano, destila miel, olores dulces. Y hay verdor en los potreros que alimenta la llovizna, las finas gotas que brotan en los aspersores llenando de agua fresca las espigas.

Ya en la casa principal miro, como siempre, los cuadros de familia. El repaso comienza en las fotos de los años veinte: Un hombre viejo, de gran musculatura y corpulencia, abraza a la mujer de rostro bello, de serena dulzura; el hombre, en marcado contraste con ella, ofrece un aspecto de rigor y dureza: las manos grandes, el bigote espeso, retorcido en ambas puntas. En el regazo de la pareja, tres niños vistiendo pantalones bombachos le sonríen con timidez campirana al que imprimió la foto. Calzan medias y usan gorra los que ahora son el tronco familiar...

Voy hacia las fotos junto a la puerta que da al corral; mis hermanos y yo, de coloreadas chapas, simbolizamos la no-preocupación de saberse protegido desde el final de los cuarenta. La no-preocupación de tenderme en una hamaca, de contemplar la pasividad del campo, la luz de alguna estrella.

Sé que el sueño habrá de alcanzarme, de llegar a mí en el piso alto. Pero ha de ser un sueño en retroceso, de no descanso y que le exija a la noche más y más recuerdos.

EL TRÁNSITO A LA SOMBRA

CUANDO MEAN LAS CULPAS

¿Por qué te enoja que baile, se contonee así, a lo “teiboldans”, no eso querías? Lucirla ante el director, como si no te importara su vulgaridad cuando la toca. La manosea a su antojo.

Bien sabes que el alcohol le afecta, no tanto el “chubi” y tú la obligaste a beber.

Pero lo sueñas. Es verdad que lo estás soñando... ¿No sientes lo “ruso” que te encuentras? ¿El pedo que te pusiste?

Vodka, cómo no. “Churro” y vodka. Así llegaste a casa: bien servido y viste a la Doña en el sofá, dormida. Arropada como astronauta, pero masculino, durmiendo a pierna suelta en la sala.

Sí, la tele emitía moscas y puntitos negros. ¿Eres blanco? Y Bertha dormía en el sofá, cansada de tararear el himno patrio. Tú, con la secre bien sentada sobre tu rodilla, ¿izquierda? bebías vodka. En cambio Bertha, la gorda con quien ¿duermes? cada noche, tarareaba el himno a su ineptitud, a su empeño de arruinarte... ¿el, la? libido.

“Mexicanos al grito de gueeerra / el acero aprestad...” Y se arropaba como un extraterrestre, masculino, ante el cromo del Sagrado Corazón:

“Este Enrique, ¿no piensa llegar? Va a perder la poca salud que le queda. Y el puesto de coordinador también... Hacer política le llama a las parrandas, éste Enrique. Es una barbaridad”.

Y por eso te apartas de ella. Prefieres la hamaca. Ahora la ves ahí, tendida en la cama, el Vanidades en la cara, y un brazo colgando hacia el tapiz...

Sueñas, es verdad. Lo complejo que son los sentimientos. El camino que habrá de tomar tu relación Eva. La secre de tu preferencia, que perdiste anoche, porque se fue. Se la llevaron esos puercos, tu jefe, el director. Y nada hiciste por

evitarlo. Es tu superior en el departamento, lo que viene siendo finanzas. Y la peda se armó en Tesorería. Lo más seguro es que no lo sueñes. La fiesta no ha terminado... Bebes. Continúas en la parranda, entre gentuza: comen, tragan, chupan de tu lana y además, les cedés a tu hembra. Consideras... consideras que es puta. Y bien sabes que Eva te quiere, respeta, comprende, inyecta juventud. Consuela cuanto te deprimes. Entonces, ¿por qué? ¿No es casada, tan esposa como Bertha? Y tiene un marido, sin empleo, un hijo pa' mantener, y sólo cuenta contigo, funcionario corrupto, que aprovecha de sus inferiores: los manejas a tu antojo, como a Eva, la secre que perdiste. Y estás pedérrimo. Desvariando. Su marido, chofer de Bertha, la busca. Lo escribes ahora: se llama Adrián... ¿ves tus dedos? Están sobre el teclado de la Remingtón y no te gustan por gordos y velludos.

Estás en el estudio. Y las cortinas vuelan por el aire. Viento de la ¿madrugada?

Tu anillo. El resplandor te ciega a la luz blanca del escritorio. ¿No sería la del sol? Y Bertha duerme, agotada, porque salió de compras. Así la encontraste al llegar, arropada y con la libido muerto. Asesinado por la indiferencia, ¿de quién? De la vida rutinaria, obviamente. Y te pusiste a escribir, no cosas de cotidiano, porque describes al que bien conoces: se llama Adrián. Lo escribes ahora: Adrián. Usa botas, bigote a lo norteamericano y lo ves correr hacia una casa, que también conoces, pues te ha servido de chofer, el tal Adrián, que ahora revisa entre una cuna... Tira, arroja, avienta al suelo los pañales y grita. El hombre grita: "Esa puta se largó".

Se llama Adrián. Usa botas, grandes botas de ¿domador? Empleo que perdió y se ha bebido toda su indemnización, según Eva. La chava que perdiste, pendejo. No es sumisa, conformista,

interesada como Bertha y tampoco mata la libido de nadie, sino muy por el contrario, la enciende... ¿No has visto que el mismo Adrián la desea? Ha salido a la calle y la busca, enloquecido, celoso...

Bertha duerme. Ves su vientre desde aquí, abultado como una colina ondulante. Se mueve al compás de sus ronquidos...

Eva baila, se contonea, está enfiestada, y la buscan. Alguien como tú, celoso, la busca. Se la llevaron esos puercos, tu jefe...

No son timbales, tampoco percusiones lo que escuchas. Tocan. Algo te lo dice: tu propia voz.

Tocan. Despierta. No son timbales. Llaman a tu puerta. El pedo se acabó.

Una ráfaga de viento frío, hace volar de nuevo las cortinas. Te ves sentado al escritorio: “¿mi estudio?”.

Tomas tus lentes, los acomodas, resbalan por tu nariz.

El reloj de pared indica las 4.50, ¿de la mañana?

Bertha se ha quitado de la cara el Vanidades. La revista se agita sobre el tapiz, enseñando el brillo de sus páginas.

“¿Escribiendo?, ¿yo escribiendo, con esta cruda, estas náuseas?”.

Te inclinas hacia el escrito. Lo lees: “No es oficial, nada serio, no tiene membrete, tampoco el sello del Ayuntamiento”. Te parece ridículo, muy cursi. Dice: “Castigo... Infidelidad... Eva... Mujer... Adán... Adrián”.

“¿Orgía, emperador?” Y respondes: Más bien orgía con director.

De nuevo los timbales, los golpes a la puerta.

-Ya voy.

Sales del estudio. “Detente”, te dices. Ni en tus tiempos de alcalde te molestaban a esta hora: las cuatro y cuarto. Algo urgente, algún familiar, llamaría primero por teléfono, antes que venir a

molestarte, a llamar a la puerta. Bien lo has dispuesto así”.

Enciendes la lámpara del pasillo.

-¡Ya voy, carajo!

La luz arroja un débil destello sobre el pomo de la puerta, que gira, gira para abrirse y destaca la silueta de un hombre. Puedes ver las botas... Avanza hacia ti, que retrocedes hasta chocar con un mueble del comedor, de donde tomas un florero.

Quien fuera el tipo, le romperás la cabeza con la jarra de bronce.

-¿Adán... eres tú, Adrián?

Sientes opresión en el pecho, flacidez de piernas, sudor en el cuerpo.

El hombre ha extendido el brazo hacia delante, empuñando algo. Un cuchillo, tal vez.

-No lo hagas, Adán, yo te explicaré...

-¿Qué pasa, Enrique?, surge la voz de Bertha: ¿No tú mismo pediste que nos trajera el Topaz muy temprano?

Adrián te mira sin comprender. Después de un momento:

-Son sus llaves. Buenos días, don Enrique, dice finalmente, cuando se marcha por el jardín.

EL EPILÉPTICO DEL TAMARINDO

El chino lo avienta en la mesa y dice:

-Éste sólo sirve para tórax y abdomen; si acaso pa' cerebro muchachos.

Los de primero A ya se habían llevado los brazos y las piernas para estudio de extremidades, y el cadáver en la morgue lucía con la piel rojiza de tanto cosimiento.

Al verlo tendido en la mesa de disección, Romero lo reconoce por la cicatriz en el pecho. Y su pulso comienza a temblar al recordarlo de bruces sobre el adoquín de la avenida, con el pañuelo cubriéndole el rostro. El hombre que lo atendió -tal vez un médico-, pero en pijama, informa dentro del cerco de mañaneros que rodean el cuerpo; que el tipo se había caído por bajar tamarindos.

En la mente del estudiante, la penumbra de aquella mañana de diciembre, los nervios de la entrada a clases en la prepa y el clamor de los curiosos: "Paren el tráfico, llamen una ambulancia, el tipo se desangra...".

No cabía duda. Era él. El que cayó del tamarindo, el mendigo con que a diario se topaba en la escarpa frente al Bancario, que siempre estaba convulsionado y echaba espumarajos con hierbas por la boca.

Es evidente que Romero no puede efectuar el corte; el bisturí tiembla entre los dedos y sus compañeros ríen, celebran su congoja.

¡Claro! Ellos tienen la suerte de descuartizar cadáveres a placer y hasta juegan con sus miembros como si fueran rompecabezas o fichas de ajedrez, porque resulta fácil hacerlo con muertos desconocidos. Demasiado fácil.

Romero asienta el bisturí y sale corriendo por el pasillo; Acosta, el carmelita, lo sigue. Logra darle

alcance:

-¿Y ahora?

-Pues nada. Que simplemente me largo.

-¿Abandonas así porque sí?

-Exactamente, tú lo has dicho.

Acosta lo jala de la camisa clínica y él se zafa de un manotazo:

-Déjame Fred. Yo sé lo que hago.

El amigo de Campeche vuelve a darle alcance, lo toma del brazo, lo jala nuevamente.

-No abandones, José. Piensa en tu padre. Lo dejaste solo en la botica. Piensa en el sacrificio que hace para que estudies esta carrera que apenas vamos comenzando... Recapacita, carajo.

Mientras el amigo le recuerda el Juramento Hipocrático, la natural aridez del comienzo de los estudios médicos, en la mente de Romero se agitan las desdichas que ambos habían sufrido desde su ingreso en una primaria particular, como fuereños que eran: Alfredo Acosta, ahora flaco, consumido por tanta benzedrina, había sido gordezuelo y en el colegio le apodaban "Nalga Bruta": "Acosta tiene el culo grande, como de enfermera jefa; es un vil soplón, así que vamos a llenarlo de coyazos". Y a él le decían "Huiro" de Conkal, por sus modismos de pueblo, por su hablar de pueblerino:

-“¿Cómo dices cuando quieres que el chinero te atienda rápido, Romero...?”

-“Jam pélame una china, chinero”.

-“¿Y cuando alguien se acaba de marchar, cómo dices?”

-“Jach acaba de irse”.

Todo entre burlas, risas y humillaciones.

En tanto Acosta se le adelantaba para cerrarle el paso, los demás condiscípulos, a las puertas de Disección, gritan:

-Vengan. Ya vengan par de putos, ya cortamos el cráneo.

¿Había elegido Medicina por una falacia? Le gustaba jugar a la inyección con las primas y amiguitas del rumbo. Siendo entonces un capricho infantil, volvería para encargarse de la botica del papá. En la bodega del fondo dispondría un sitio para inyectar a sus pacientes. Muy pronto el pueblo lo llamaría doctor; el letrero colgado a las puertas: “Se aplican todo género de inyecciones – Se venden bolis y paletas”, atraería clientela de todas las edades. De modo que debía olvidar la angustia de los estudios de anatomía, los insomnios de benzedrina, la implacable dureza de las bancas de San Juan y largarse de nuevo al pueblo.

“No seré cirujano. Nunca lo seré”.

Algo semejante le había ocurrido cuando quiso ser veterinario: el ratón que se pudrió bajo la estufa y que tuvo que sacar de pedazo en pedazo entre el pegoste de tubitos de plomo y níquel, con la ayuda de un papel, hizo que olvidara la pena por los perros y los gatos, arrastrando la mugre de sus pelambres en los comederos y fondas de la ciudad. Y así pasó con odontología, porque el aliento cebolludo de Rodríguez, un compañero de prepa. “¡Cómo apesta la boca de Rodríguez!, ¡Cómo apesta!”, acabó por matarle la ilusión. La sola idea de sentar a alguien como Rodríguez en la silla del dentista le produjo náusea. Mucha náusea.

Acosta se adelanta, le impide el paso hacia la calle. Romero le dice:

-Dame paso, Fred. No quiero empujarte.

El de Campeche, abriendo los brazos en cruz, le cubre la puerta de salida.

-Dime a dónde vas.

Romero lo observa.

-Me voy para Química, Fred.

Acosta baja los brazos:

-¿Te has vuelto loco? Mira que a mí me pusieron una pinga de muerto en la bolsa del pantalón y cuando quise sacar la cartera para pagar el autobús, lo que agarré, Conkaleño, fue la cosa esa, y ni así me rajo...

Los demás siguen con burlas, y el amigo Acosta, la vista líquida, hundida en la calle resplandeciente, grita que prefiere quedarse a desmadrar muertos, "que pasarme la vida en un pinche laboratorio destapando pomos de mierda, José Romero, piénsalo bien".

LA ESPERA

Oyes la escoba del conserje. Hace calor y eso te indica que estamos a mediados de julio, y esperas el resultado del último examen a suficiencia.

Como tú, el grupo de la puerta está impaciente. No conoces a ninguno de los cinco, pero el modo de comportarse te dice que son de grados inferiores; fingen risas, cotorrean, se agarran los culos. Te preguntas: ¿Primero, segundo de bachillerato? Qué importa, pasan lo mismo que tú la joda de la espera eterna.

Para colmo, Yoli, tu primera novia formal, te salió con su domingo siete. Los hierros negros de la reja, su contundencia, hacen que imagines la cárcel donde estarás si rehuyes el casorio con Yolanda.

Te preguntas ¿por qué necesariamente un casamiento? Y respondes para ti: Vivo en Mérida y en provincia las cosas son así, como en el pueblo; por evitar chismes y maledicencias se forjan matrimonios que más a la corta que a la largan, fracasan. ¿Te imaginas hacerla de papá? Apenas ayer cumpliste los 18 años. Y nunca falta un cura que bendiga esa forzada unión, esa ilusoria promesa de quererse y respetarse hasta la muerte.

Ha llegado el momento de tomar la vida como lo que es, una mala comedia, un melodrama barato; para el caso da lo mismo.

Tercera vez que presentas Probabilidad y Estadística a suficiencia. Es tu verdadero "coco", y lo más probable es que hayas vuelto a reprobar. Es la última oportunidad de examen, jamás llegarás a arquitecto, ni siquiera vas a pisar la Facultad.

Lo ocurrido con Yolanda y tu escasa concentración para el cálculo y los números, hicieron que fracasaras muchas veces.

Cuando eras de reciente ingreso, matemáticas de segundo sólo pudiste aprobarla a suficiencia porque Jorge la presentó por ti, dando tu nombre al sínodo. El favor te costó un “pomo” de Bacardí, pero resultó, dada la oportunidad de que eras entonces desconocido y la prepa de la Uni es populosa.

Cuando niño dibujabas casas en el cuaderno escolar y tu padre decía que ibas a ser arquitecto. Papá (algo así como cacique o tatich de pueblo) se comprometió a pagar tus “yunaites esteits”. Pero tu incipiente inclinación a la aviación te acarrecaba algunos problemas. ¿Recuerdas que convertías a iguanos en paracaidistas. Y tu padre dijo: “¿Qué clase de piloto quieres ser?”

Los había civiles, comerciales, militares y hasta de fumigación de pastos tiernos. Y pensaste que podrían abrir el campo para aviadores penales, del trabajo y administrativos, y que aquello iba a resultar tan aburrido como un curso de Derecho. También recordaste a los iguanos que, amarrados a un pañuelo, surcaban el aire de las azoteas para acabar aplastados en el adoquín o bajo la rueda de algún coche “victoria”. Mucho más porque tu padre te enseñó lo peligrosa que podía resultar la aviación: “¿Quieres acabar tan estrellado como este huevo que estoy cenando, Javier?”

Luego elegiste la profesión de marino, y tu padre preguntó: “¿Qué clase de navegante quieres ser? Pangueros y chalaneros terminan por estancarse en fangos y lodazales cuando paran las lluvias, y los de mar, nunca podrán tener una familia tan unida como la nuestra, hijito”. Imaginaste a los x’caues atorados en su baño de pileta, donde colocabas trampas de cazar tuzas; te viste hundido como ellos en el verdín de la pila, con las patas muy quebradas, y renunciaste a la idea de convertirte en marino. También lo de “familia unida” acabó por romperte el ánimo: el catolicismo a lo franciscano, tan

arraigado en ti, hizo que confundieras tener sexo con el concepto de crear familia, y las vocaciones anteriores se vinieron abajo cuando tu padre dijo “Mira, aquí tienes un papel, y sigue dibujando tus casitas, hijo”.

Son las cinco de la tarde, y con el resultado, nada. Piensas que estarías mejor en Progreso, de vacaciones, “echando rostro” por el malecón. Surge entonces tu pesimismo: “Con esta suerte, capaz que una gaviota pase volando y me cague en la cabeza”...

Pero no todo resulta malo aquí en el edificio de la prepa. La secretarial pose de Minelia no es del todo correcta: separa las piernas por debajo de la máquina Olivetti, la mesita de ruedas descubre los muslos que tanto te excitan. ¿Quieres animarte? Arrímate al extremo de la banca donde estás, deja caer algo que no haga tanto ruido e inclínate a recogerlo volteando con discreción hacia la oficina del director, donde podrás mirar hasta la pared que hay a sus espaldas.

“Les encanta. A las chavas les encanta que las mires”, te dices para olvidar los nervios de la espera.

Ojo. Mucho ojo. El inge viene para acá. El grupo de la entrada calla, para la oreja. Ramírez ha salido del salón y, como buen titular del sínodo, busca a los otros para comparar las pruebas. Jiménez está en el segundo-B y El Bodoque Palma en la biblioteca de enfrente. Palma sigue revisando notas. Ves la grasa de su pelo por encima de la ventana y te dices: “Esto va para largo”...

Los siodales se han reunido en la biblioteca y comparan pruebas. Alcohólicos los tres, han visto que intercambien opiniones y corrijan pruebas en la barra de la cantina. Sus grasientos rostros (el de Jiménez, morado; el de Ramírez, rojo, y el de Palma, ojeroso y pálido) denotan expresiones

cambiantes: ora de asombro, ora de picardía o saña. Y hasta se carcajean los muy berracos. Te dices a modo de consuelo: “Ingenieros habrían de ser. ¿Qué hacen dando clases en la prepa?”.

La ocasión te obliga a pensar así: “Un buen dibujante, joven, como yo, jamás se morirá de hambre. Sobran cosas por hacer. Puedes dibujar mapas, planos de casas y terrenos, ¡mil cosas!”.

Vuélvete a hacer a la idea de que no pasaste Probabilidad, mucho más que Ramírez te aborrece. Ha notado que a Mirelia le gustas y eso le afecta; lo supo desde el primer fracaso tuyo en el examen a suficiencia, cuando la se cre, muy quitada de la pena, dijo, ante el bochorno de la dirección y en presencia de todo el sínodo, que no era justo: “Pobrecito Gómez, van dos veces que presenta y siempre lo truenan”. Tú, que entonces empezabas compromiso con Yolanda, respondiste a esa especie de cumplido acariciando el hombro de Mirelia y sus pequeñas pecas: “Te lo agradezco, Mine, pero no hay mal que por bien no venga; voy a cambiarme contigo a Sociales y así podré sentarme junto a ti, muy juntitos en el mismo mesabanco”. Fue cuando Ramírez (calvo prematuro por tanta ecuación), después de hacerse un rato al desentendido, sentenció: “Pues eso debe hacer, porque Gómez, como todo el que viene de una prepa particular, no da una con la Estadística y menos con el Cálculo Matemático. Mejor que se largue a Leyes”.

¿Recuerdas el esfuerzo que hiciste para no decirle lo de Jorge, la chafa que le hicieron en segundo? Era el titular de Matemáticas el muy idiota. Sin embargo, pensaste en la posibilidad de un cambio a Sociales. Pero las cuestiones de la infancia –“¿Qué clase de piloto quieres ser?”– dieron al traste con la idea. Además, ya contabas con el ejemplo del papá de Yolandita, un fracasado en la abogacía, que acabó por tramitar placas en la

poli y oficios en Hacienda, cuando debió fajarse bien los pantalones de su antigua juventud rocanrolera y decirle a sus padres: "Me encanta reparar televisores y tocadiscos: soy electrodoméstico por vocación le pese a quien le pese".

Lo estás pensando, porque imaginas esto: Sales de aquí, tomas el volcho con tu nota de reprobado e inmediatamente te diriges a casa de Yoli: para esto ya serán las diez de la noche, y saludarás primero al papá, que en el momento estará reparando la tele, mientras doña Yoli (así le llamas a la que piensa que será tu suegra) espera en el sofá de sala la imagen nítida de "Corazón Salvaje"; luego de saludarlos y de conversar con ellos cualquier chisme o tontería, decides mentir, hacer como que afrontas las cosas si no quieres que el padre, abogado-tramitador, te enjuicie por estupro. Recuerda que Yolanda aún tiene 16 y, voluntariamente o no, lo más probable es que se embarazó de ti, pues no fue precisamente la pata la que metiste, imbécil. De modo que decides engañarlos, como si en verdad hubieras acabado el maldito bachillerato: abrazas a Yolandita con el cuidado de no apretarla y le hablas a los papás en el idioma que más comprenden, cursilón para la madre, y bastante rebuscado en el caso de don Jaime para que también lo entienda... Ah, tomarás en cuenta el cariño de ambos por esta ciudad, su gusto por la trova y las serenatas de Santa Lucía y entonces les dirás: "Pensándolo bien, no me voy a México a estudiar nada, como lo había planeado. Prefiero permanecer aquí, en esta tierra muy nuestra, que no se parece a ninguna de este mundo, pues la Facultad de este apartado rincón donde florecen entre el calor y las lajas muy hermosos flamboyanes, me resulta mucho más arquitectónica y bella que la del deefe o cualquier otra. Así, mi

permanencia en esta tierra de cenotes y albarradas no sólo permitirá que siga estudiando a placer la carrera profesional por mí elegida, sino también me brinda la perspectiva de mantener vigente el gran amor que le profeso a Yoli". (Para esto ya habrán reparado el televisor y la música de "Corazón Salvaje" te ayudará al máximo).

Sonríes con la novia. Luego, de modo natural, la abrazas, pero con respeto y después del anticuado beso en la mejilla repugnante de la que sigue creyendo que habrá de ser tu suegra, tomas de la mano a Yoli, pides "compermiso" y sales con ella a la terraza a contemplar el firmamento. Ahí, a la incomparable luz de la luna y el universo, le aconsejas que mañana mismo se someta a un chequeo... Y procura satirizar las cosas cuando lo hagas. Cerciórate primero que nadie les oiga. Aléjate del eco en el muro del vecino y dile a Yoli en la soledad de la noche estas frases que te salvarán: "Amor, ¿no serán los chocolates y la tanta coca cola, lo que te tiene así tan gorda? Haz un esfuerzo, corazoncito y volverás a ser la misma chava que un buen día conocí".

Le sonríes con bondad y ternura, le das un beso en la boca. Un beso que sea apasible y largo. Después le dices que vas por tu nota de examen y te sales de la casa para nunca más volver...

¡Ojo! Posición secretarial correcta: la mirada al frente, pestañándole a Ramírez; pecho erguido, la falda por encima de las rodillas juntas. Sonrisas como iguanas, algunos "ay, ay", corriditas de asiento y falta; luego la plática y enseguida el chicle. Minelia recibió los resultados y ha de pasárselos a la libreta. Después, cuando Ramírez se haya ido, no sin antes darle a la secre el beso en la mejilla, Minelia habrá de elaborar las papeletas. ¡Qué pérdida de tiempo! Dirás en tus, ya de por sí, jodidos adentros.

Sientes el hormigueo de los nervios en el abdomen, como si estuvieras a punto de cagarte, porque la secre está mirando para donde tú estás (la banca junto al auditorio) y el inge Ramírez la mira a ella; sabe que a Minelia no le gusta hacerte esperar la entrega de la boleta, sobre todo si reprobaste. Y Ramírez piensa que te hará alguna seña: una mueca, algo con los ojos o la boca, en fin, una señal de mala noticia. Entonces piensas de nuevo: “Un joven como yo, bueno para el dibujo, nunca se morirá de hambre. Puedes ayudar a un ingeniero, hacer mapas, planos de casas y terrenos, valuar o avaluar (que para el caso da lo mismo) predios rústicos y urbanos, mil cosas puedes hacer”. Si Ramírez te está mirando como perro, ten por seguro que no alcanzaste ni el 60 para salir de panzazo... ¡Qué dura te resulta Probabilidad!

...No vas a morir de hambre. Puedes ayudar a un ingeniero. Hacer planos, mapas y hasta levantamientos topográficos podrás hacer. Al fin que, si repruebas como es de esperarse, lo que vas a oír de papá y por Lada, será:

“¿Qué viene siendo eso de topógrafo planificador? Extraña vocación la tuya, hijito”.

Ya oscureció y así lo piensas, porque sigues en la duda.

TRAMPAS DEL ENSUEÑO

MÉTODO PRÁCTICO PARA ESCRIBIR CUENTOS

El comienzo es sencillo. Simplemente le acosa la idea de contar algo y debe hacerlo primero consigo mismo. Es ahí donde empieza el proceso creativo. Con la idea y las ganas de chisme.

Tenga en cuenta que un narrador de ficción es, por naturaleza, alguien indiscreto. Así que no le mortifique pensar que transforma realidades, que miente al decir lo que afirma y que es usted un hacedor de cuentos. Total, lo que se ha contado usted mismo, por venir de quien viene, seguramente le va a gustar.

Una vez que le haya gustado lo que contó, el segundo paso será escribirlo. Y no se crea que saldrá igual. Será lo mismo que quiso decir, pero lo ha repetido de distinta forma.

No se desanime. Piense que con esto ha obtenido una segunda versión acerca de la misma historia.

Ya escrito el texto, trate de memorizar el mayor número de detalles que usted transcribió y dígame a alguien –de preferencia a un amigo cercano- que ha escrito un cuento. Ese alguien –si es su amigo de verdad-, le pedirá que le cuente la historia. Hágalo de inmediato. Dígame: “Mi cuento dice esto y esto...” Resulta fácil entender que en cuanto a forma, será distinto a lo que dijo en el texto. Y si el contenido también es diferente, mucho mejor. La tercera versión de una misma historia, siempre resulta significativa; muy interesante. Ha demostrado que tiene vena de escritor.

El siguiente paso será sentarse al escritorio –sepa de una vez que se escribe sentado y en un asiento- a escribir de la manera como le contó su historia al amigo muy cercano y notará que lo escrito nuevamente difiere casi en todo de las

versiones anteriores, porque así sucede cuando intentamos decir lo mismo por cuarta o quinta ocasión, y habrá que volver al origen, pensar en el concepto inicial, para corregir el texto, el segundo escrito.

Léalo. Siempre es recomendable que el autor lea lo que está escribiendo. Hágalo varias veces y vaya corrigiendo lo que no le guste. Ha entrado a la fase más preciada, hermosa, feliz del proceso escritural. Ya tiene su historia, pero debe corregirla. Mejorarla en todo de ser posible. Le recomiendo fotocopiar el texto. Ocurre que muchas veces, si son numerosas las correcciones, el texto desaparece por completo y es obvio que es otra la historia que aún empieza a contar. Si por el contrario, no son muchas las correcciones que usted hizo, pase en limpio el escrito, -un escrito limpio siempre resulta más agradable que el tachoneado- y guárdelo en el cajón más profundo que usted tenga en su escritorio. Déjelo ahí por un tiempo, o piérdalo de ser posible, sobre todo si le gusta mucho la historia que escribió. La razón de la pérdida es sencilla: no se recomienda publicar lo que nos gusta, porque puede no ser objetivo el mensaje que tratamos de emitir. Y si pasado el tiempo, el escrito aparece, léalo de nueva cuenta y notará que ya no le gusta tanto, pues en nada se parece a la idea original, a la propuesta del principio.

No pierda el ánimo. Va por buen camino. Hay la posibilidad de que el texto resulte bueno de verdad en razón de lo variado que es el gusto de la gente. Tenga en cuenta que usted jamás será el único lector de su propia obra. Malo, muy malo sería que resultara así.

¿Sabe? Búsquese a otro amigo -para eso están en el mundo los amigos-, y pídale que lo lea. Observe sus gestos mientras lo hace. La expresión de su rostro -todo rostro que se digne de serlo, será

expresivo necesariamente- y estudie sus reacciones. Lo que va proyectando ese gesto en los diversos pasajes de su historia, que sigue siendo suya en tanto no la publique, y esas muecas le dirán si el amigo que ha escogido es idiota o no. Si sonríe en los pasajes melancólicos, si se avienta una carcajada donde debió llorar, no se tome la molestia de pedirle una opinión acerca de nada. Sepa que un idiota no sirve para nada. Cambie de persona. Trate de encontrar a alguien inteligente, aunque ese alguien no sea muy su amigo, pero que tenga un poco de intelecto. Y es posible hallarlo: abundan los inteligentes. Ya lo verá en la siguiente etapa del proceso.

¿No resultó sensible? ¿Inteligente, sí? Pues no basta con la inteligencia. Busque de inmediato la sensibilidad. Ente los artistas y literatos también resulta posible encontrarlos. Le aseguro que sí los hay. Sáquele fotocopias al texto corregido y guardado y lléveselas todas. Muchísimas copias. Son muchos los artistas y literatos y siempre se agrupan en gran número... Déselas. Hablo de las fotocopias.

¿Qué pasó? ¿Le dijeron que era un simple contador de anécdotas, le llamaron costumbrista, coloquial, folclórico, didáctico, que el texto de usted resultó un melodrama barato –no hay melodrama que no sea barato-, que su historia es fusil? No haga caso. Debió saber de antemano que los artistas poseen diversos gustos y que se distinguen precisamente por diferir sus opiniones en cuanto a lo que es arte o no. De lo contrario no serían artistas. Burócratas, tal vez. Repito: no le preocupe. Más adelante quizá le recomienden componer boleros o danzones y también –dependiendo de la intensidad del drama- tangos, porque los sensibles, mucho más si son artistas, vierten opiniones bien intencionadas, nada más. Si

en cambio le aplaudieran por lo que hizo, peor aún. Le pedirán que publique el texto que usted y ellos corrigieron, y nunca saldrá a la luz como usted lo imaginó.

Pues bien, en estas circunstancias hay dos opciones a escoger: O se conforma con el halago – le van a halagar porque así sucede-, y entonces permanece disfrutando ese recuerdo, o de plano se inconforma y vuelve a trabajar: a darle vueltas al tema... ¿Escogió la segunda opción? Pues adelante. Sea usted bienvenido al mundo de los altibajos de temperamento: al mundo de la dicha fugaz, del perenne desconsuelo, al del amor y el desamor; al mundo del dulce llanto y al de la risa agria... Ya es usted un escritor. Sabrá que en los autores no existe la inspiración, sino el trabajo constante, obsesivo; que el sueño de la musa tendrá que convertirlo en realidad, en disciplina cotidiana. Sin la euforia de escribir lo que le dictó la conciencia, la fuerza del sentimiento, comprenderá el vacío, la soledad, el propiciado aislamiento de la creación. Tendrá momentos de indiferencia, de sordidez, de total melancolía, pero alternados con agresividad inconsciente, sobre todo para con aquellos a quienes habrá de nombrar “los otros”; los “no artistas”. Les llamará de maneras diferentes: “mecanizados”, “prácticos”, “insensibles”, “gentuza”. Y para marcar la diferencia entre usted y ellos, escribirá. Seguirá escribiendo.

Largo tiempo. Largo tiempo, mientras las ideas se agolpan en su cerebro. Las ideas habrán de llegar a la cabeza de usted, pero sin orden lógico; sin coherencia... de cabeza; digamos. Usted permanecerá frente al teclado del escritorio, sentado. Siempre sentado, escribiendo eternamente lo mismo. Todo el tiempo lo mismo, pero en distinta forma. Y estará inconforme. Su juicio crítico hacia usted mismo ha cambiado. Es usted un

escritor. Si no le conforma lo que de momento escribe, entonces lea. Alimente su espíritu con los Inmortales... Absorba. Chupe lo que le sirva al arte que usted habrá de proyectar con su trabajo diario, de rutina. Y sea humilde para bajar a tierra. Llegó sin duda a la etapa del "vampirismo" y debe chupar lo que sirva de los demás. El círculo del proceso se abre para usted y debe repetirlo. Darle vueltas a la redondez del origen; al impulso de la creación, que gira sin descanso. Gira por redondo... ¿Ve sus huellas? ¿La marca circular de sus nalgas en el asiento? Si las observa, notará lo redondas que son. Tan redondas como la idea que usted se ha formado de las cosas que escribe; que trata de decir. Ambas se asemejan en lo redondo, pero difieren en forma. Lo mismo ocurre con lo que usted escribe. Sígalo haciendo...

¿Vio que es fácil escribir una historia de ficción? Pues désela a quien crea y después repítala.

Ha obtenido su primera versión. Permítame felicitarle.

UN USUARIO FELIZ

-Te compró el volcho, "Galán".

-Ni soy "Galán", ni lo vendo, repuso el escritor, pues el coche así de jodido, bien pudo servirle sobre todo a Esteban, los fines de semana.

-Te compro el volcho.

La frase se repetía en los oídos de Esteban que, atento al semáforo de enfrente, pensaba en la utilidad del auto para sus conquistas de amor.

En la realidad de su ya lejana juventud, Esteban -hijo de abogado con renombre- siempre contó con transporte particular: su infancia en bicicleta, su adolescencia en moto, su juventud eternizada en el auto de papá. De modo que el Esteban adulto no podría prescindir de un coche, aun cuando fuera un volcho viejo, de reciente adquisición.

Un Golf los había alcanzado -al escritor y a él- en la avenida, emparejándose en la marcha al suyo y alguien junto al chofer -un hombre delgado, con acento fuereño- había sacado peligrosamente la mitad del cuerpo para decirles de manera firme -y por demás insistente- que le gustaba el volcho. Se los quería comprar.

-No está en venta, había sido la respuesta del escritor, pero Esteban Osorio consultaba "telepáticamente" con Osorio adulto -el abogado- la posible venta. El propio joven lo había hecho universitario, después abogado de carrera al Osorio adulto y el Osorio adulto siempre contó con coches nuevos y se casó, tuvo familia y algunos amoríos que lo fueron distanciando de los deberes de consorte, mas no de padre, al abogado, que era en realidad el dueño y él debía decidir.

El escritor, por andar pensando en posibles metáforas, había subido el volcho a un camellón de rieles, golpeándolo por debajo; se aflojó la

carrocería, le brincaba la suspensión, el volante se fue haciendo tembloroso y a Esteban le vibraron los cachetes. De modo que el joven y el abogado debían convencer al escritor; persuadirlo a realizar la venta. Era sábado, día en que le tocaba en suerte al escritor el uso del volchito –de hecho sus amigos pintores y poetas lo esperaban en el depto para el reventón y él había salido por la botana: chicharra y buche fresco para no variar- y era quien debía responder a la demanda del hombre del Golf.

-Le compro el coche.

El escritor, más por miedo a que al hombre del Golf le volaran el medio cuerpo que exhibía por la ventanilla, le dijo a Esteban que debía detenerse al atravesar el cruce con la calle 62 y escuchar la propuesta, ya que el abogado –febril admirador de la novia de Esteban, a la que también pretendía- no le caía en gracia que a Rita se le sacudieran las tetas por el brincoteo no menos febril de la suspensión, como tampoco podía tolerar que a los clientes de sus litigios se les empapara el culo con el agua de los charcos, por la carencia de piso en el asiento de atrás, y era obvio que estaría de acuerdo con Esteban para vender el volcho.

Osorio se detuvo a un costado de la avenida, seguido por el Golf.

-Doy cuatro por él.

‘No le funciona el pedal del cloch.

-No me importa, me gusta el cochecito, lo quiero para mi hijo- respondió el hombre que bajó del Golf y ahora se mostraba de cuerpo entero.

-Se le atora el pedal del acelerador- repuso Esteban de mala gana, tal vez por seguirle la corriente al escritor, su acompañante en las pedas sabatinas.

-Cuatro quinientos. Damos dos de anticipo ahora mismo- sentenció el fuereño, mirando hacia el

chofer del Golf, que asentía con la cabeza en el interior del coche.

El abogado: vende cuando te compren. Con \$4,500 puedes enganchar un modelo más nuevo y Rita se pondrá contenta. Dejarán de brincarle las carnes.

Esteban Osorio: “El anticipo es bueno. Podrás entregar el coche y los documentos hasta el lunes y en presencia del abogado contra el pago del faltante. Así tendremos dos mil pesos para feriar este fin de semana y la pasaremos bien. Mejor que otros sábados. Recuerda que un escritor sin lana es un escritor triste. Acepta vender y a los tres nos irá de perlas”.

-La batería está sulfatada y no hay piso en el asiento de atrás, que apenas se sostiene por una tabla atravesada.

Esteban Osorio, de nuevo: “Cállate y vende. Recibe los dos mil y el lunes veremos...”.

Y Esteban aceptó.

Había pasado el tiempo y ahora se entendían bien. Ya no habría conflictos en el interior de Esteban. Se volvió paciente, comprensivo, dichoso. No teniendo la presión del tráfico, era como empezar a cambiar de nueva cuenta. El escritor disfrutaba de la caminata diaria, de mirar el cielo, de conocer por alto los edificios de la ciudad. Su contacto con la gente se hacía cada vez menos molesto, más útil en cuanto al conocimiento del mundo y de los hombres. Apoyaba en todo al muchacho que llevaba dentro, diciéndole que la vida era tan sólo un suspiro y que después de amar y sufrir, solamente quedaba la nada, el vapor de la inexistencia. De esta forma, el escritor se daba fuerza, coraje para continuar su proyecto. Oía en soledad la voz del joven, sus conflictos y dudas de amor, los avatares de su inexperiencia y le aconsejaba; se hacía su aliado en la adversidad.

Antes de la aparición, del asomo del cultivador del arte, el profesional prevalecía en el comportamiento del joven y del adulto Esteban. Y ya existiendo el escritor, las cosas se hicieron más tensas: el abogado no dejaba en paz al recién aparecido y su influencia era notoria en esa especie de retórica panfletaria que al escritor le parecía arte y era sólo un producto de su novatez. Los consejos que el hombre de letras daba al joven, no eran siempre beneficiosos, pero sí interesantes, fuera de toda rigidez de criterio y siempre novedosos. Aludían a la intuición, al menosprecio de la egolatría y al disfrute de los buenos libros. Fue así como el profesional, siempre antagónico con sus otros yo, se convirtió en lector de literatura.

Osorio nunca imaginó que aquella venta inesperada los uniera en gusto y actitudes. Los volvería cómplices y camaradas.

Ya sin el manejo de ningún automóvil, el ritmo lento del transporte público había anulado el nerviosismo, la ansiedad del profesional de leyes que, buen calculador del "nuevo" tiempo, llegaba con puntualidad a las citas con sus clientes y de magnífico humor. Contagiado de sentimiento artístico.

El horario de su trabajo, que él mismo se había impuesto, lo cubría a placer: sin la amargura de las grandes pretensiones: No en vano era padre de familia y el sobrante de sus ganancias le permitirían mantener al escritor los fines de semana: "¡Qué costoso resultaba el ocio del artista en los momentos huecos de la creación!", era la opinión del abogado Osorio.

Sin embargo, su nueva vida le gustaba: no había un paradero de autobuses que no conociera Esteban. Esteban que gustaba de recorrer de cabo a rabo la ciudad, viéndola por primera vez en su verdadera magnitud y no con mirada chata; de postura

rectilínea, como de chofer que no ve más allá del grisáceo adoquín frente a sus narices. Él, en cambio, miraba a diario una ciudad novedosa, como sólo puede hacerlo un pasajero del mundo. Y el artista soñaba al lado suyo, inventándose metáforas y sin peligro de montar, por metafórico descuido, alguna escharpa.

La actitud dócil, más bien resignada de los pasajeros, cuando a capricho del chofer el camión se detenía en el trayecto, le enseñaban al escritor que debía ser humilde ante el poder y los caprichos de la creación artística. Y sus personajes estaban ahí, viviendo y respirando en derredor suyo, asumiendo el ritmo del destino, lo que les había tocado vivir.

“Señor usuario exija Ud. un trato amable y caballeroso. Sugerencias y quejas a los teléfonos 23-09-48 y 25-06-92”. Señalamiento que Esteban interpretaba de este modo: “Señor Osorio, le trataremos con amabilidad siempre y cuando conserve limpia esta unidad, que ha sido suya: ponga la basura aquí”.

Una vez convertido en ciudadano común, habría de saber que cruzar la calle andando a pie era distinto, muy diferente a hacerlo en coche; supo también –pues lo había olvidado– que le era permitido caminar en contra de la dirección del tránsito vehicular sin ser multado, siempre y cuando efectuara el recorrido a pie y en el sitio de los transeúntes, pues él se había convertido, desde tiempo atrás, en usuario y transeúnte a la vez, sin habérselo propuesto; desde aquella venta accidental y nada ortodoxa de oponer a la demanda la contra oferta del escritor, supo del uso de sus piernas; la utilidad de sus pies. Antes, no. Guiado por su intuición de autómeta, conducía sus pasos por la acera en dirección al tránsito vehicular, haciendo largo, muy largo su camino.

No sin ciertas penalidades, ahora Esteban disfrutaba de manera plena lo cotidiano: había puesto al abogado y padre en el sitio que corresponde y al artista en el medio que más le favorece: la calle. Y se sentía dotado del don que solamente corresponde al Ser Supremo, sobre todo cuando afirmaba que reunía en él a tres personas distintas: Al padre, al hijo y al “espíritu bendito de la creatividad artística”, por así decirlo.

Por todo esto -y la bondad de Rita que les permitía disfrutar juntos del Cougar los fines de semana- Esteban se había vuelto feliz.

“Juvenilmente feliz”, sentenció de modo escueto el abogado; el todavía incrédulo señor Osorio, disponiéndose enseguida a contar sus ganancias del día. De ese nuevo y promisorio día, para no variar.

CAVILACIÓN NOCTURNA

Limpiaba las aspas del ventilador de pedestal, olvidado de los murciélagos y golondrinas que revoloteaban en el abismo del techo, cuando se oyó el teléfono, y una voz suave, femenina en todo, me informó de un asunto de letras.

Yo pensé en los pagarés del señor Palma y Rojas, un eterno embaucador, pero luego comprendí que me invitaban a un evento literario.

Se trataba de fomentar la buena lectura entre los jóvenes, “y quien mejor que un poeta como usted, señor Solorio para animarlos”.

La charla consistía en darles a conocer ciertas obras de alcance universal, así como los nombres y algunos datos en la biografía de los autores cuyos textos habían sido traducidos a los distintos idiomas, especialmente al inglés y al francés.

Mirando hacia las grietas del techo, pensé en los latinoamericanos que había leído recientemente y hasta sus nombres escapaban de mi memoria, y como la chica del teléfono repitió lo de poeta, yo le dije que era un simple narrador, y que me inicié en esta cosa de los libros ya estando bastante grandecito.

Argumenté que debido a mi profesión —soy abogado de carrera— en un principio no leía nada que no fueran fideicomisos y contratos de habilitación, diciendo que todo aquello no era en sí literatura, pero la muchacha se desparramó en alabanzas hacia mi persona y obra: “Los títulos de sus cuentos son encantadores, señor Solorio. Suenan a poesía”.

Le agradecí el cumplido, pero tuve a bien subrayarle el hecho de que yo era narrador, “prosaico si usted quiere, señorita, gente de bien”.

-Sus títulos son bellos, armoniosos, señor Solorio y el instituto le va a agradecer que usted participe en la conferencia. Los muchachos también”.

La voz de la joven, en contraste con los chillidos de arriba y los reclamos de Eduviges Poot, que de manera desdentada exigía un frasco de alcohol para su nieto, me sonaba a gloria. Placer que a cada instante se apagaba de manera brusca: “Quiero un poco de alcohol y algodón para Felipe, licenciado... ¿No ve qué irritados están sus ojos? Llenos de polvo de su abanico”.

Los testigos de doña Eduviges -la señora Poot había ido a la oficina para dictar su testamento-, en franca agonía de caliza y polvo, iban de un lado a otro de la pieza, atropellándose entre sí. Y el más alto de los tres, en su afán de que le soplasen los ojos, avanzó hasta chocar contra un andamio en la puerta del fondo.

Pero el tono insolente con que la testadora continuaba llegó a indignarme:

-¿No oyó lo que dije, señora Poot?- Tapé la bocina con la mano y entonces pude repetir: Soy prosaico y puedo ser hasta soez si se me sigue provocando”.

Eduviges Poot cerró la boca y la mujer del teléfono, tras mencionarme el sitio donde sería la charla, me pidió el currículum y yo enseguida se lo di.

Concertamos nuestra cita para un jueves por la tarde.

“Se trata de impulsar la lectura, señor Solorio”.

En mis tiempos de pasante había leído algo de Dostoievski y su influencia me inclinó a sentir una profunda compasión por los inquilinos en los juicios de arrendamiento por lo que entonces no podía efectuar el desalojo, abandonando el caso a la mitad del procedimiento. Algo parecido me ocurría

con los deudores a crédito de interés social. Los defendía a rabiar y era tanta mi obsesión, que llegaba a creer en el personaje central de Crimen y Castigo. Hubo ocasiones en que al señor Palma y Rojas le decía Raskolnikov, o bien lo mencionaba usando el apodo de Dunia. El célebre Dunia de Dostoievski.

También la lectura de Camus me había marcado de manera contraproducente al devolverme la juvenil pasión en los procesos penitenciarios; la rama penal, tan corrupta y amañada como suele serlo, acabó por alejarme de la senda que de antemano me había propuesto. Sólo Ibarguengoitia pudo borrarle la influencia que me causó "El extranjero" de Albert Camus, devolviéndome al inexorable destino de civilista.

Esos pensamientos me asaltaban. Eduviges Poot, notoriamente disgustada, mencionó a gritos el nombre de algún santo de su devoción y los murciélagos del techo, por razones obvias, huyeron de sus cuevas.

Sacudí el bloque de requerimientos fiscales que el notario y yo habíamos tenido durante el año, apartando también de un manotazo los expedientes del escritorio.

-¿Me va a dar el alcohol, licenciado?

Me había dispuesto a redactar la postrera voluntad de la señora Poot y era necesario que me concentrara en la escritura del acta...

-¿Y el algodón? ¿No tiene algodón, licenciado?

-Téngalo usted -le dije, y sería bueno que también al nietecito le inyectara un ampulla de antitetánica. De lo contrario jamás podrá heredarle, señora Poot.

El estilo "Garcíamarquiano" de responderle, lo había copiado del libro "Los funerales de la Mamá Grande" y mencioné las frases en razón de que era el momento oportuno de sacarlas de mi repertorio.

La testadora, al oír la palabra "antitetánica", volteó hacia el óxido del ventilador, me dijo: "eres un puerco" y tomando su bolso del escritorio donde habían caído más de seis tortones de caliza se marchó junto con los testigos y el nieto que tosían afanosamente.

Hoy las huellas digitales de Eduviges Poot descansan en los juzgados civiles y sus restos junto al muro sur del Cementerio General, entre hierbas y bejucos espinosos.

El ángel de la tumba señala con granítico dedo al cielo incandescente. Pero la influencia de Stephen King, a la luz de una lámpara en agonía, hizo que el testamento de la señora Poot, a pesar de ciertas fallas interpretativas, quedara estructurado en tal forma que resultaba conmovedoramente literario.

EN COSAS QUE GUARDA LA ENTRAÑA

A Beatriz por un cuestionario escrito

Tenía entonces cuarenta años, ya devoraba libros de buen calibre y escribía cuentos. Atrás quedaban mi afición por los balones y el indomable impulso de beber Bacardí. Las voces de Dostoievski, Chéjov, Turguéniev y Tolstoi me habían alejado de la influencia de Stephen King, al que burdamente trataba de imitar en los primeros textos que escribí. Pensaba que aquellos relatos sin pies ni cabeza, conjuntándolos, podían conformar una novela. Obviamente me equivoqué: el contenido en sí no era nada creíble, diálogos flojos, bastante repetitivos, faltos de interés. La verdad era que King me había atrapado. No conocía entonces a ningún otro autor y en los relatos de "misterio" que yo garabateaba convertí a los mendigos de mi niñez en sombríos y terribles monstruos de lo inaudito y sobrenatural.

Yo era algo así como el Maestro King, pero en versión maya. Un King tropical, furiosamente costumbrista. La crónica podía ser mejor, aunque tampoco nadie se tragara que un fulano como Carlitos M. viviera en un hueco o cueva del cerro principal, de donde salía a tender, sobre cualquier piedra o matorral, el único saco o flux que se le conocía.

En esto pensaba la noche previa a la primera entrevista que tendría como autor. En esto y en el tiempo que perdí sin haber leído nada. Si hacía un esfuerzo mental, lograba distinguir el periodismo de la novela, diferenciar la poesía de la historia y párele de contar. A mis treinta y ocho cumplidos, no había más cuentos que los de Chanoc y Supermán, lo mismo que las aberraciones

hollywoodenses de Blanca Nieves y Alicia. Yo sufrí una profunda decepción cuando en el taller de literatura me dijeron que todo aquel mamotreto de ciento y tantas páginas podía salvarse en parte, siempre y cuando los tratara a manera de cuento. De relato corto. Y entonces funcionó. Contando la verdad sobre don Pedro Verde (bebía el agua de los charcos en cráneos partidos por mitad -en cráneos de gente que había muerto-, por supuesto- y rasgaba con los dientes la carne del hueso frontal de las reses del mercado), narrando por escrito esta evidencia, logré por fin un relato surrealista.

¿Por qué y de qué manera comencé a escribir? Era la pregunta que más me aterraba. ¿Había sido la lectura? Obviamente no. Mi niñez y adolescencia fueron un constante vagar por calles y montes de Izamal, en los años cincuenta. Sólo leía -y a fuerza de coscorriones o huascopes- los libros de texto escolar, apenas para pasar de panza los exámenes de fin de curso, y así ocurrió hasta el bachillerato, donde estudiaba como loquito, a golpe de benzedrina. Los libros no habían sido la razón por la que me hice escritor.

“¿Las vivencias del pasado?” Me gustaba escuchar los cuentos de terror por voz de mi vecino “El chitolindo”. Yo tenía de cinco a seis años de edad y me sentaba al pie de su sillón de escarpa, solamente a escucharlo. El propio narrador era un cadáver parlante. A la luz amarillenta y débil de la esquina, los ojos de “Chitolindo” habitaban oscuras cavernas. Horas después, mientras todo Izamal dormía -a las doce se apagaba la planta eléctrica-, yo me quedaba sin pegar los ojos y en la eterna contemplación de las vigas del techo, hasta que el amanecer las alumbrara con su brillo.

Era evidente que a cada relato correspondía un ánimo distinto. Una motivación diferente. Entonces, ¿cómo contestar? No iba a referir que la primera

vez que tomé la pluma había sido por ociosidad y porque estaba profundamente deprimido. Aunque hubiera sido lo justo, lo más cercano a la verdad. Aquello había ocurrido en una etapa complicada, penosa de mi vida. Vivía alejado del círculo familiar, por cosas del sentimiento. Amaba a una mujer que no fue con la que había formado familia y era injusto que no me atreviera a darle el sitio que en verdad bien pudo merecer, de no romperse por incomprensiones y desajustes esa relación. Yo andaba de cabeza emocional y hasta económicamente, y lo que hice fue escapar de todo eso. Fue peor. Decidí viajar semanalmente a Cancún pensando mejorar mi economía. Un colega me acogió en su despacho, brindándome un rinconcito para atender a la posible clientela que jamás llegó. No había ido más que a gastar lo poco que lograba en mi despacho de Mérida y el sueño de los dólares se tornó en pesimismo, angustia y frustración. Se había roto la esperanza de hallar amigos en un medio donde no los hubo nunca. Los pocos que encontré se volvieron fríos, calculadores, hipócritas, vanidosos. Mestizos con aire de magnates que en sus ratos libres jugaban golf y presumían de un yate adquirido en "los Miamis". Yo, que por haber perdido la casa que en principio me dieron prestada, dormía por las noches en un sofá de espera en el despacho que también me habían prestado, dejé de buscarlos, de frecuentar los sitios donde podía verlos. Era vergonzoso que supieran donde me hospedaba. El flamante abogado M.C. no estaba en la zona hotelera, sino en la sala de una oficina particular, de la que salía temprano en la mañana para no ser visto y terminaba su insomnio escritural de cada noche, tendiéndose a dormir en la banca de un parque cercano. Era penoso también que supieran la verdad de mi aseo diario: la oficina-hotel no contaba con lo elemental

para la ducha y debía tomarla en el baño público del mercado X. Después de un taco en la terminal de autobuses, regresaba a cubrir mi horario, despidiendo por la piel el aroma de jabón rentado. Olor a jabón Rosa Venus era el que flotaba en el ambiente próspero, elegante, de cobra-dólares en la oficina del Lic. Cardoso que, creyendo contar con un abogado para sus litigios, tenía en su negocio a un escritor...

De lo anterior deduje que la inconformidad, el desengaño de ver convertido a Cancún en un gigantesco Pancho Villa's, donde abundan sombrerudos invitando a los transeúntes a tomar tequila -"cucarachas"-, chapurreando el inglés y la incertidumbre de un presente que se tambaleaba, también motivan el proceso escritural creativo. Cómo no. Tiempo después, me robarían el equipaje. Junto con dos mudas, cepillo dental y ropa de playa, se llevaron los escritos, la "obra literaria" que me había salvado de un seguro trastorno mental.

Eran ya las cuatro de la mañana y no lograba resumir, concretar de algún modo mis respuestas. Las horas habían volado. Y el nerviosismo del momento dio paso a una nueva disyuntiva: ¿No había sido por herencia de la sangre que me hice escritor? Me fui al árbol genealógico y por el lado materno me encontré que los tíos y primos -todos profesores normalistas de profesión- eran afectos a la bohemia. Abundaban cantores, músicos, troveros y hasta pintores. Un tío de mamá había sido en vida un dotado de virtudes de tipo artístico, científico, político y también intelectual. Profesor normalista, como lo eran todos, fue escribano, preparador de discursos, torero, bailarín de feria, cantante, poeta y hasta componía huesos rotos o dislocados, mientras pintaba un paisaje costumbrista. El libro de anatomía era un esqueleto humano que colgaba en el rincón. Yo mismo lo había visto en su

“despacho-estudio-consultorio” del convento de Izamal, ahí por los años cincuenta. Por el lado paterno, tampoco andábamos mal: vino a mi memoria el abuelo Pancho, su asiento a la cabecera, su voz que recitaba verso tras verso y el brillo de su mirada al concluir el discurso de la sobremesa. El abuelo y los ojos acuosos, fijos en el techo del comedor. La figura recia, de tipo patriarcal quedaba diluida en llanto. Mucho después de su muerte, las frases de Cervantes siguieron sonando en el vacío del comedor...

Pero cómo adaptar toda aquella vivencia, a los cinco o diez minutos que duraría la entrevista. ¿Acaso cuando fui portero de fútbol y el Primo Abraham me preguntó lo que sentía al meterse el balón entre las redes, no le respondí con tartamudeo que “se siente feo y hasta cae mal”, sin que diera tiempo para más? ¿Y ahora que me entrevistaban como autor de cuentos...? Seguramente iba a tartamudear, me vibraría la pelvis, el tórax y hasta el intestino grueso. Una luz, cualquier artefacto eléctrico que no fuera un horno de micro-ondas o licuadora, situado frente a mí, iba a dejarme sin habla. Vería los cables en derredor como largas serpientes de cabeza microfona y los flashasos blanquearían mi rostro. Y si a aquello agregábamos el total desconocimiento de mi obra por parte del entrevistador, su también total valemadrismo acerca del fenómeno literario y de mi persona, el programa iba a ser obviamente una mierda y su servidor un pobre tipo que trataba solamente de hacerse notar.

Me encontraba dispuesto a desistir del ofrecimiento, pero el ego pudo más. La fuerza del ego y unas palabras que había escuchado de alguien:

“Tenemos un espacio en la tele, un espacio que bien podemos aprovechar los escritores nuevos para darnos a conocer”.

En mis adentros: “No se desconoce a nadie que no valga la pena de ignorar”, y la obra debía ir por delante de su autor, pero nunca a la inversa...

¿Qué podía importar mi persona, la imagen de M.C. –que ni siquiera es guapo-, balbuciendo en un idioma incomprensible para un teleauditorio de las 10:35 A.M.? Para los albañiles, cocineras y demás domésticos, nada. En absoluto, nada. No era un Vicente Fernández a quien presentaban, sino a M.C., que para colmo empezaba a engordar y a encanecerle por completo el pelo. Aunque la plaqueta, el librito que entonces promovía, pudieran leerlo de una sentada en el mueble más requerido del baño.

Recuerdo que mi neurosis era en todo explicable. Apenas comenzaba a tener cultura y el miedo de la pregunta: “¿Cómo cataloga usted su trabajo?” me decía que si el aspecto vivencial lo había cumplido en cierta forma, era indispensable la lectura. La buena información. Y así seguí pensando hasta que llegué al estudio, donde tuve la sorpresa que no era el único a quien habrían de presentar, sino también a una joven ojiverde, de muy buen ver, que se desplazaba en los pasillos con natural elegancia y hablaba un español culto. Me acuerdo que el conductor del programa quedó maravillado al verla. Yo, que por la noche no había pegado un ojo y de la recepción había salido apuradamente en busca de un inodoro o patio de escuela en vacaciones para vaciar la bola intestinal de nervios, sólo alcancé a leer tres renglones de lo mejorcito de mi producción antes de que me cortaran porque llegaba el turno de “Pepillín” y empezaban a impacientarse. Con fondo musical de guitarras practicando, pude por fin de cuentas gritar mi nombre.

UN FINAL COMO CUALQUIERA

A Eduardo (q.e.p.d.)

Desgastó inútilmente sus fuerzas en busca de un universo en el que siempre creyó. Por las buenas lecturas, a causa de quemarse a diario las pestañas, comenzó a llenar páginas en blanco, dedicando su tiempo por entero a ese oficio "tan ingrato y a la vez apasionante" como lo era el de transmitir al corazón de los hombres las bondades del arte.

Sí, pensó que viviría de los puros proyectos...

"Ya me tienes cansada con todo esto, Andrés. Ni te voy a avisar cuando me largue. Tus hijos y yo no merecemos esta miseria... ¿No has convertido esta casa en cantina, recabrón? De biblioteca la volviste cantina".

"Hijo, no debes culparla. Por los niños, yo le doy la razón".

Sí, había desgastado en vano su esfuerzo, escapando al universo de los libros. ¿El resultado? Sepultó a su madre con disgustos, la mujer y los hijos había huido tal vez a Nueva York, Chicago, Los Angeles, o sabía el diablo dónde.

"Hijo, cuentas con una profesión. Atiéndela debidamente. ¿Piensas envejecer sin nada firme?".

Moría. Iba a morir sin nada concreto. Esta vez sí estaba seguro de eso: le había dejado de importar el cansancio de la espalda, la molestia de aspirar con fuerza el oxígeno del tanque. Pronto habrían de retirarle la mascarilla, especie de concha protectora que los boxeadores usaban bajo el calzón, y que a él, por faltarle aire en los pulmones, le habían colocado en el merito centro de la cara.

"Sólo falta que me amarren un suspensorio a la cabeza".

Iba a morir entre los tubos de plástico transparente, viendo que el agua corriera hacia sus venas; agua que bien podía servirle para mojarse los labios y la lengua.

El dorso húmedo, seguramente manchado de orines y excremento, podía oír las ridículas propuestas de la tía Moza en el pabellón de los desahuciados. La tía Moza, soltera de convicción, desplazó a la hermana –“la única, mi madre”- de la herencia paterna y entonces lavaba sus culpas encargándose del sobrino descarriado en las últimas horas de su vida.

“-Abran esa ventana. Quiten esa silla de ahí. Cómo que no hay pechuguita de pollo para darle... ¿Elote?, ¿Sopa de elote tomó mi sobrino? ¡Qué barbaridad! Ni que fuera ejidatario”.

Heredera única de tierras que ahora son fraccionamientos, la tía Moza, pianista aficionada, jamás perdía el humor...

“Todo un personaje, la Mocita. Para eso le sirve lo que heredó del papá. El monopolio del abuelo, antecedente de Cordemex en Yucatán. Para darse el lujo de ser caritativa, y bromista a la vez. Juguetera, digamos”.

Era capaz de decirle a las enfermeras que mejor le dieran de comer chicharra o morcilla, acompañada de frijoles charros y chile habanero... y me tiene postrado en este camastro, en un tercer piso de hospital de tercera, de gobierno en crisis, ¿y cuándo no?, donde viene a visitarme cada mañana por ratitos. La imagino de regreso a su mansión de Chuburná, enjabonándose las manos: “Linda, alcázame el alcohol del botiquín”. Lo mismo hará cuando regrese de mis funerales. De enterrarme como a un “pib”.

Ahora le pasaba la mano por la frente, sus dedos con diamantes y silicones.

“-¿No quieres que te preparen un atolito de Maizena, mi rey? ¡Señoritas, ya dejen de mascar chicle y prepárenle un atole a mi sobrino del alma!”.

La tía Moza. De haber podido, la habría incluido en su proyecto de novela. Pero no era un Carlos Fuentes para el adecuado manejo del folclor. La realidad superaba la fantasía. No iba a trascender aquel intento. Ni siquiera traspasar la muralla del patio: la sierra que había detrás de Muna. Fuentes, con su ingenio, la hubiera convertido en “Aura”; “Aura de Yucatán, la Moza: Moza tan hermosa non vi en la frontera/ como esa vaquera de La Finojosa...”.

El, habiendo deseado ser un Fuentes se moría como Artemio Cruz, pero sin lana. Sin nadie alrededor que pudiera mentarle la madre o exigir nada. Sólo un simple proyecto de novela, que jamás debía publicarse como estaba. “Al menos que el morbo o el curioso de la tía Mocita diera con él, en la caja de cartón que guardé en el fondo del armario... Bien amarrada con alambre inoxidable, “jich”, pa’ que nadie pueda desatarla: Si vieran qué bonito escribe mi sobrino Andrés. Quién más: Andi, para mayores datos”.

Y ¿así desgastó su vida? ¿Escribiendo lo que podía gustar a los parientes y demás amigos de café?, ¿Cuántos habrían como él, en el mismo caso, igualita situación? Sin ningún aliento, oportunidad de retomar el proyecto y corregir, enmendar los errores cometidos. La redacción.

Se agotaba. La vida se agotaba. Muy pronto le quitarían todo aquel enredijo de plástico y adhesivos; de cablecitos y bolsas de suero. Ahí quedaban el ansia de notoriedad, el fracaso. “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la

mar/ que es el morir;/ allí van los señoríos/
derechos a se acabar/ y consumir;/ allí los ríos
caudales,/ allí los otros medianos/ y más
chicos;/ allegados son iguales/ los que viven
por sus manos/ y los ricos...”. ¿Autor?

¡Qué importaba el autor. Sólo las obras
perduraban. Su casa, el hogar donde vivió con la
familia, “¿en autoexilio?”, se había convertido en
bodega de Super Maz. La estatua en honor a su
empecinamiento le había dado lo suficiente para
dedicarle tiempo al arte, su pasión por la escritura:
oficio por el que no se cobraba y, “sí, en cambio,
pagas... bastante caro pagas, idiota”.

El tedio de no platicar con nadie de nada que no
fuera su proyecto de novela lo sufrió. Y todo porque
se dijera, ahí va mi pariente el escritor y lo llenasen
de aplausos, de palmadas a la espalda. Un catarrito,
que por descuido suyo se volvió neumonía lo
mataba; lo estaba matando. Primero se fue el saber,
el sentido del gusto. Y después el habla. La facultad
de charlar. Animo de contarle a los amigos que lo
visitaban —obviamente por escrito— los progresos de
su enfermedad.

Iba a morirse dejando eso: el gusto de su charla.
Y un proyecto, doscientas treinta y siete páginas de
tachaduras y enmiendas ininteligibles; de temática
aún confusa, como todo proyecto en ciernes, que
apenas se está engendrando. No apto para parirse,
vomitarlo al mundo. ¡Qué bueno fuera!

Eran más de doscientas treinta y siete noches de
insomnio, de café cargado y de fumar, qué bueno
fuera, como chimenea. ¿Chacuaco, cómo qué se
decía que él fumaba? Y, a veces, de beber como
bestia.

Iba a morirse sin el gusto de ver que lo liberasen
del cilindro junto al cabezal, del suspensorio en sus
atléticas narices y de los orines, la mierda que había

dentro del “pato”, bajo sus nalgas que eran llagas. Iba a morirse como Iván Illich, del señor Tolstoi, dejando eso, mierda. Y los reclamos de la tía:

-Señoritas, traigan el trapeador. Esto ya parece un chiquero. Y jalen esa cortina que más parece mantel ahulado”.

Todo porque dijeran, ahí va el escritor, o le diesen palmadas en la espalda, ya de por sí enfisematosa... Su pobre muerte.



MANUEL CALERO

Autor izamaleño, nacido en 1946, ganó el Premio Estatal de Literatura en 1989 en la modalidad de cuento y es socio fundador del Centro Yucateco de Escritores A. C.

Fue integrante de los Talleres de Literatura del Centro Estatal de Bellas Artes y de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) de 1988 a 1992.

Es autor de los libros de cuentos: *Hacia el fin de la noche* (Ediciones de la Gorgona, 1990, Mérida), *El visitante de la tarde* (UADY, 1991, Mérida), *La noche junto al muro* (UADY, 1992, Mérida), *Viejas Cicatrices* (La Tinta del Alcatraz, Col. La Hoja Murmurante, 1992, Toluca, Edo. de México).

Ha participado activamente en diversos eventos programados por el Instituto de Cultura de Yucatán y el Centro Yucateco de Escritores en la realización de lecturas, ponencias y presentaciones de algunos autores de trascendencia nacional. Representó a Yucatán en los Encuentros de Narradores de la Frontera Sur celebrados en Campeche y en Mérida.

Como becario del ICY (1997 – 1998) realizó el proyecto *Memoria del Viento*, que ha dado como resultado este libro publicado gracias al Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC).

Actualmente colabora en suplementos culturales de periódicos y revistas locales y nacionales.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



000939

Gobierno del Estado de Yucatán
Instituto de Cultura de Yucatán
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
PACMYC